

LOS FUNDAMENTOS DE
LAS
CIENCIAS DEL HOMBRE

La Arqueología
Urbana
en la Argentina

Daniel
Schávelzon



Centro Editor de América Latina

La Arqueología
Urbana
en la Argentina

LOS FUNDAMENTOS DE
LAS
CIENCIAS DEL HOMBRE

La Arqueología
Urbana
en la Argentina

Daniel
Schávelzon



Centro Editor de América Latina

Dirección: Ricardo Figueira
Secretaría de redacción: Oscar Troncoso
Asesoramiento artístico: Oscar Díaz
Diagramación: Oscar Sammartino, Estela Enecoiz
Coordinación y producción: Natalio Lukawecki,
Fermin E. Márquez

© 1992 Centro Editor de América Latina S A
Tucumán 1736, Buenos Aires

Hecho el depósito de ley Libro de edición argentina. Impreso en
Carybe, Udaondo 2646, Lanús Oeste, Prov. de Bs. As. Encuader-
nado en Haley, Av. Mosconi 640, Lomas del Mirador, Prov. de Bs.
As. Distribuidores en la República Argentina Capital: Mateo Can-
cellaro e Hijos, Echeverría 2469, 5ª "C", Buenos Aires; Interior:
Dipu S.R.L., Azara 225, Capital.
Impreso en marzo de 1992

ISBN: 950-25-2063-7-

*"El combate contra el tiempo
es el único tema verdadero"*

H. P. Lovecraft

Este libro presenta un panorama introductorio a una actividad poco habitual en nuestro país, la arqueología urbana; no intenta ser un texto teórico sobre el tema, ni dirigirse a los especialistas, sino difundir entre un público amplio los avances hechos en estos años de trabajo. En función de eso se ha presentado un texto inicial en el cual se describe y define a este tipo tan peculiar de forma de reconstruir nuestro pasado reciente. Luego se ha incluido el informe de la excavación realizada en el actual Parque Lezama como parte del proyecto *Primera Buenos Aires*, ya que es el sitio oficialmente aceptado como el lugar donde Pedro de Mendoza asentó la primer aldea española en 1536. La elección de ese trabajo se basa en el interés que el tema ha despertado al no haberse logrado demostrar lo que la historia había asumido casi como una certeza, y es un buen ejemplo de las posibilidades de la arqueología en ciudades como Buenos Aires.

A continuación de estos textos se ha agregado una bibliografía armada en base a notas, en la cual dirigimos al lector hacia publicaciones más especializadas o técnicas. Esperamos que dentro de las dimensiones de este libro eso se haya logrado.

La arqueología urbana, en cuanto a una arqueología hecha en contextos urbanos, encuadrada dentro de una interdisciplina con la preservación del patrimonio arquitectónico y con la historia urbana, se muestra actualmente como un nuevo campo de trabajo con inmensas posibilidades. Por un lado la necesidad de ganarle al tremendo proceso destructivo que viven nuestras ciudades, en donde la falta de políticas de preservación nos lleva hacia el camino contrapuesto a lo que el mundo entero está haciendo; por otra parte al haberse demostrado que aun bajo esta jungla de cemento de unos 10 millones

de habitantes existen restos importantes de objetos y de edificios, que se remontan hasta el siglo XVI, nos obliga a reconsiderar las prioridades de la investigación arqueológica e histórica. Bajo San Telmo, por citar sólo un caso aunque de por sí muy significativo, se encuentran hasta 4 metros superpuestos de nuestro pasado; al dilema de conservarlo o destruirlo está planteado, los que lo decidan deberán asumir los cargos que el futuro inmediato les hará.

*Daniel Schávelzon**
Buenos Aires, 22 de febrero de 1992

* Universidad de Buenos Aires.

LA ARQUEOLOGIA URBANA

En el año 1905, un pionero de la arqueología argentina, Juan B. Ambrosetti, fue llamado por los encargados del Departamento de Arquitectura que tenían a su cargo las obras del interior de la Casa Rosada.¹ El motivo era el descubrimiento de piedras de boleadoras, huesos y otros objetos netamente indígenas que se encontraron por casualidad al remodelarse el Patio de las Palmeras (que aún se conserva) en ese edificio público. Los obreros removieron el contrapiso y allí encontraron esas piedras que, por suerte, alguien identificó como antiguas. A partir de ese día Ambrosetti se hizo cargo de la excavación, recuperó todo lo que le fue posible, lo trasladó al actual Museo Etnográfico y permitió que otros investigadores estudiaran y publicaran ese material.

Esta historia puede parecer anecdótica sino fuera por el hecho de que allí nació la arqueología de la ciudad de Buenos Aires; era, quizá sin que nadie lo supiera, el atisbo temprano de establecer una relación estrecha entre la investigación del pasado y la construcción de la ciudad moderna -lo que ahora llamamos *arqueología urbana*- y, a la vez, un ejemplo pionero en el país del estudio de materiales culturales del pasado reciente- lo que ahora es la *arqueología histórica*-. Más adelante discutimos con detalle este problema terminológico.

Por cierto ese primer caso no fue demasiado fructífero para la ciudad, ya que prácticamente nadie se ocupó de continuar con esos pasos preliminares o, por lo menos, con la idea de excavar bajo el piso de la ciudad. Es cierto que en años anteriores varios científicos de la generación de Ameghino habían recorrido el Riachuelo-Matanzas a la búsqueda de fósiles, o que Félix Outes y otros pioneros de inicios de siglo se preocuparon por identificar a los primeros pobladores de esta región,² pero la idea de excavar en el contexto urbano mis-

mo era, para la época, impensable. Lo que se haría luego por casi un siglo es buscar los resquicios, los sectores intocados en las ciudades, para excavar en ellos. Sería necesario un cambio en el paradigma imperante, una transformación conceptual profunda para aceptar la posibilidad de excavar en donde, supuestamente, estaba ya todo destruido. Por supuesto sería absurdo criticar a esos arqueólogos fundadores, que hicieron un esfuerzo impropio en aras de nuestro pasado, el que no hayan hecho más de lo que hicieron; lo importante es qué pasó después con todo esto, y cómo nos llega al presente ese legado de experiencias previas.

Es cierto que excavaciones arqueológicas en contextos históricos se hicieron varias en el país, incluso sería posible hacer un estudio completo sobre ese tema, y más adelante detallamos muchas de ellas, pero la capital quedó ligeramente al margen. Hubo importantes estudios históricos tratando de ubicar ciudades coloniales desaparecidas, descubrimientos casuales o incluso proyectos importantes que luego analizaremos: incluso, para la década de 1950, se inició el proyecto más importante del país: la exploración de Cayastá. Esta ciudad fundada por Garay en la actual provincia de Santa Fe se había mantenido abandonada desde que sus pobladores se trasladaron a la actual Santa Fe, y Agustín Zapata Gollán identificó y encontró en muy buen estado la ciudad casi completa. Allí se iniciaron casi 30 años de trabajos, aunque los métodos y técnicas empleados no sean los actuales y sus resultados a veces discutibles, que permitieron descubrir materiales y edificios de enorme interés, además de preservar el sitio sin posteriores destrucciones. A diferencia de la arqueología tradicional, Zapata Gollán entendió que era más importante destinar los fondos a preservar que a excavar masivamente; su responsabilidad no era solo el aumentar los conocimientos del pasado, sino garantizar el legar el sitio al futuro para que otros pudieran seguir trabajando allí.

En esos años casi nada se hizo en Buenos Aires; la ciudad crecía aceleradamente, la periferia se seguía extendiendo y cubría cada vez más superficie antes intocada, los grandes edificios y obras públicas perforaban el terreno hasta profundidades nunca sospechadas: las obras sanitarias, los subterráneos, las cimentaciones en hormigón armado, el tendido de cables de teléfono, las redes de gas, electricidad. Pocos podían sospechar que, pese a todo, el pasado lograría permanecer en los rincones de la modernidad y llegar al presente. En

1928 un descubrimiento interesante llamó la atención: al remodelarse el Riachuelo y ser rectificado se encontró en Puente Alsina (el antiguo, no el actual) un asentamiento indígena y otro cercano fechado para la época colonial.³ Varios especialistas acudieron al lugar y estudiaron lo encontrado sobre la superficie, pero el interés estaba centrado en la cerámica indígena a la cual Carlos Rusconi le dedicó varios trabajos, pero nadie describió siquiera un fragmento de cerámica colonial. Lo reciente no era tan importante; es más, ni siquiera fue descrito ese conjunto, de manera tal que no podemos hoy correlacionar ambos grupos de materiales. Era posiblemente un lugar de contacto del siglo XVI temprano de incalculable interés.

Con los años otros estudiarían objetos aislados provenientes de las barrancas del río en la zona de San Isidro, y el mismo Rusconi excavó en 1936 un pozo de sondeo en una esquina de Plaza de Mayo cuando se demolió el edificio de Rentas Nacionales,⁴ pero era siempre muy poco en función de la rapidez de la destrucción que el crecimiento urbano implicaba. Únicamente los túneles y la presencia de construcciones subterráneas llamaría la atención de los porteños, más por lo curioso que por lo científico, y también algunos pioneros los estudiarían. Hacia 1920 tanto Héctor Greslebin como Félix Outes⁵ estaban recorriendo el subsuelo urbano y dejando descripciones más o menos detalladas de lo que veían o encontraban; pero pese a lo meticulado de sus estudios y teorías no llegaron a establecer proyectos específicos de investigación: Greslebin se exiliaría por el golpe militar de 1930, Outes fallecería poco más tarde. Sólo los años recientes verían surgir estudios más detallados o proyectos de investigación interesados en excavar en la ciudad, iniciar la reconstrucción del pasado a través de sus restos materiales y su distribución espacial y, a la vez, preocuparse por la preservación de su propio objeto de estudio, es decir, la ciudad misma.

Pero el tema que más ha llamado la atención al público no especialista es el de la presencia de restos culturales bajo la ciudad. Es decir, el hecho de que al igual que en muchas otras ciudades del mundo se puedan encontrar objetos y fragmentos de arquitecturas bajo el nivel del piso; sin duda esto es lo que más asombra causa, no sólo por la falta de reconocimiento del habitante de Buenos Aires con su propia ciudad, sino por la poca relación que el porteño tiene con su propia historia. Es decir por un claro problema de falta de identidad, aun-

que las causas que motivan eso son demasiado complejas de analizar aquí.

Pero vale la pena describir someramente el proceso por el cual la ciudad ha ido modificando su topografía a tal grado que en ciertos sectores se ha logrado encontrar cuatro metros de restos superpuestos que se remontan hasta el siglo XVI. Como todos podemos imaginar, si bien Buenos Aires está ubicada en un terreno plano éste nunca fue perfectamente horizontal: arroyos permanentes y estacionales, barrancas hacia el río, elevaciones naturales (algunas de 11 a 15 metros, como el actual parque Lezama), barrancas sobre la costa, zonas más bajas e inundables durante las lluvias o las sudestadas, formaban un paisaje que se refleja en las crónicas de la época. No casualmente Garay al fundar la ciudad actual eligió un sitio alto y seco (ya que los otros eran lo contrario) en la actual Plaza de Mayo: ese sitio tenía límites físicos marcados en tres lados: la barranca, el Tercero del Sur y el Tercero del Medio. Estos dos arroyos que se formaban con las lluvias tenían un cauce profundo, difícil de pasar, que obligaba a vadearlos, a hacer puentes o a pasar por el "camino del bajo", es decir por la orilla del río. El Alto de San Pedro, como su nombre indica, era un sector más alto y estaba del otro lado del Tercero del Sur (o Zanjón de Matorras, o de Goyo, o de Vieira) cruzando la calle Chile y sólo se pobló durante la segunda mitad del siglo XVIII.⁶ Hasta ese entonces la ciudad no podía crecer hacia el norte o el sur, sólo hacia el oeste; la topografía ejercía sus límites marcando la vida cotidiana.

La ciudad se mantuvo acorde a la topografía durante mucho tiempo, y sólo varió cuando la economía y los cambios políticos de los finales del siglo XVIII posibilitaron los primeros cambios físicos en el suelo de Buenos Aires. El primer problema a resolver por los gobernantes fue precisamente el de los desagües de las lluvias: allí se inició un trabajo de lenta renivelación de las calles, algunas que iban siendo empedradas, para que desaguaran hacia los Terceros y de allí al río. Recordemos que en esos arroyos se tiraba también la basura de la ciudad. Esto obligó a modificar las pendientes, rellenando o excavando lo necesario para que no hicieran lagunas. Pero todo eso fue poco en relación con las dos primeras grandes transformaciones del suelo: los tranvías y las obras sanitarias durante el siglo XIX. Los primeros porque necesitaban planos inclinados de pendiente reducida, las segundas por todo lo contrario; esto hizo que se excavaran algunas calles has-

ta en dos metros y más haciendo que las casas quedaran con accesos a diferente nivel; en otros casos las viviendas se encontraron con su entrada mucho más abajo que las puertas y fue necesario subirlas. Aun quedan algunos ejemplos en San Telmo y en La Boca que sirven de muestra. La Aduana de Basavilbaso quedó literalmente enterrada al renivelarse Balcarce y fue necesaria demolerla. El primer molino de vapor que hubo en la ciudad quedó enterrado varios metros bajo Leandro Alem y gracias a ello fue posible hacer la primera excavación de arqueología industrial en el país en 1936.⁷

Existen buenos ejemplos de este proceso de rellenado de terrenos, tanto sobre la costa de la ciudad como en las zonas inundables del oeste. Un caso histórico es el Paseo de la Alameda, que tras otros rellenos llegó a ser Leandro Alem, Libertador-F. Alcorta-Costanera. Actualmente la Costanera está siendo nuevamente rellenada con escombros y desechos de todo tipo formando una capa de varios metros de altura. Quien hoy se asome al paredón que separa la avenida Huergo-Madero del puerto podrá ver este desnivel artificial con toda claridad. Es un procedimiento que ya tiene dos siglos de historia y que está preparando la arqueología del futuro.

Existe también otro factor menos detectable pero no despreciable, y es el hecho de que los propietarios, al construir una casa nueva, aprovechaban el escombro de la demolición para subir el nivel -dejando cimientos y pisos bajo tierra-, facilitando así el desague de su terreno. Esto provocaba que escurrieran los jardines y patios traseros hacia los de los vecinos, creando mil y un incidentes, por lo menos hasta la introducción de las obras sanitarias y sus reglamentos respectivos. Es así que la ciudad fue rellenando terrenos, plazas, calles, lotes particulares y dejando bajo el suelo un número considerable de restos arquitectónicos y de objetos culturales de todo tipo. Al igual que hoy en día, la basura y los escombros que sirvieron de relleno incluían un sinnúmero de fragmentos de objetos representativos de la vida cotidiana. Es la misma basura actual que servirá para la arqueología de dentro de varios siglos. Precisamente el primer chiste publicado en el país sobre la arqueología urbana, incluido en la revista *PBT* de 1906, jugaba con la contradicción entre varios objetos habituales y las absurdas interpretaciones que en el futuro (el siglo XXX) se harían acerca de su función: un sombrero de caballo con sus agujeros para las orejas -tan común en la época-, se entendía como un casco del Ejército de Salvación atravesado por una bala de

obús. Se estaba planteando algo que la arqueología moderna aun no ha terminado de superar; es decir el problema de la interpretación de los objetos fuera de contexto.

Un excelente ejemplo de como se superponían construcciones lo obtuvimos al excavar el edificio de la vieja Imprenta Coni, en la calle Perú 680, en San Telmo. Allí encontramos los restos de una pequeña casa de mitad del siglo XVIII, y casi un metro por encima una nueva casa -de la familia Goyena- construida en 1822. Esa casa fue demolida en 1884-85 para hacer la Imprenta, pero se aprovechó el buen estado de los pisos de ladrillos para dejarlos en su lugar, casi intactos, colocándose por encima el parquet de la nueva obra. Lo interesante es que sobre el nivel de la calle los tres edificios estaban casi a la misma altura, pero a medida que se penetraba en el terreno los niveles se separaban hasta llegar a casi cuatro metros de relleños. Es decir que cada época aprovechó o no los restos anteriores, los enterró o los volvió a usar según su conveniencia, produciéndose así acumulaciones enormes de materiales. En la parte posterior del lote corría el zanjón del tercero en una de sus ramas, que fue rellenado por Torcuato de Alvear, lo que hizo a su vez que los relleños fueran aun mas importantes.

Además de este proceso debemos recordar que la ciudad antigua acostumbrada a tener bajo el piso muchas obras subterráneas hoy olvidadas: desde los sótanos que permitían guardar mercaderías a temperaturas adecuadas y estables, hasta las heladoras, es decir pequeñas cámaras de preservar carne. Hubo sótanos para criar hongos comestibles, para vinos, para comestibles, para refugio y para guardar tinajas de agua que se decantaba; hubo cisternas para aljibes, pozos ciegos para aguas servidas, pozos para tirar basura y pozos de agua que iban a la primer napa, y más tarde hasta la segunda. Todo eso estaba cruzado por túneles excavados en el siglo XVIII, por arroyos entubados a partir de 1865, por albañiles de ladrillo para llevar agua -los caños son mas tardíos-, y hasta por túneles privados entre una y otra casa. Es decir un conjunto importante de obras que fueron quedando olvidadas al quedar fuera de uso, incluso muchas veces cegadas y tapiadas.⁹ Buena parte de la arqueología urbana actual en nuestro país se está preocupando precisamente de ese tipo de obras.

El descubrimiento de objetos que representan a cada etapa de la ocupación de la ciudad, permite acceder a un conjunto de información que a través de otras formas del quehacer histórico sería casi imposible. Si la arqueología es, por definición,

la interpretación del pasado y sus procesos de cambio a través de los restos materiales de la cultura y de su depositación física en el tiempo, se hace evidente que lo que podemos lograr es una lectura del proceso de cambio y transformación de la sociedad que ocupó ese sitio. Esto significa que los objetos mismos por un lado, y la relación que se establece entre éstos y la arquitectura, por otro, dan una visión del pasado que de hecho difiere de otras lecturas de esa misma historia. Y esto vale la pena detallarlo aunque sea en parte: en nuestro medio la historia tradicional ha sido del tipo documental, es decir que entendía la historia a través de los documentos escritos. Este origen de la historia profesional se remonta a las polémicas entre Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López a mitad del siglo pasado. No hace falta decir que esa historia se ocupó por mucho tiempo de los grandes sucesos político-militares dejando de lado otros temas que sólo en los últimos años han tomado mayor interés, como las historias sociales, económicas, obreras, urbanas, del trabajo y otras. Asimismo, salvo la historia del arte, las historias por especialidades - medicina, ingeniería, la ciudad misma, etc. - con las formas materiales de la cultura, y si bien en eso se parece a las historias del arte y de la arquitectura, sólo acepta los objetos en función de los contextos en los cuales se encuentran y son excavados. Es decir que las colecciones que se hallan en los museos son sólo referencias importantes pero, no son el objeto mismo de estudio.

Quizá sirva para el caso algunos ejemplos: en los museos existen grandes colecciones de piezas de cerámica, loza y porcelana, reunidos tanto por su valor estético como por el haber pertenecido a alguna personalidad destacada. Pero al observarlos se notan varios fenómenos interesantes: todas son vajillas de lujo, de alto costo y producción especial, siempre importadas; muy pocas tienen atribución de fábrica o país de origen, muy pocas están fechadas con exactitud - casi siempre dicen "época de Rosas" o similar -, y lógicamente no es posible saber como se integraron a la vida cotidiana de su tiempo. Una revisión hecha en dos grandes museos del país mostró que la presencia de vajillas de porcelana era de 86%, de loza había un 13% y de cerámicas sólo el 1%. Las excavaciones han mostrado que en Buenos Aires, en el siglo XIX la relación entre loza, cerámica y porcelana era la inversa. La arqueología permite excavar en una vivienda restos de vajillas que por lo habitual son de baja calidad y precio, de poco valor estético.

co, y vienen asociadas con fragmentos de botellas, de vasos, de cubiertos y de otros variados adinmiculos. Es decir que se encuentran *contextos* que pueden atribuirse a una época, un nivel social, un lugar en la ciudad. Por ejemplo, al excavar edificios de diferente uso, los contextos hallados están directamente relacionados con las actividades allí llevadas a cabo, cuando hubo cambios de actividad los contextos reflejan esas diferencias; es justamente el trabajo del arqueólogo lograr comprender ésto, para poder mas tarde corroborarlo o no con la información documental.

Un ejemplo válido es la revisión de las largas listas de inventarios hechos en el siglo XVIII⁹ en Buenos Aries, y que por lo general corresponden a familias de alto nivel, para luego compararlos con lo excavado correspondiente a esa época. Es decir, notar como incluso en los inventarios hechos por burócratas de oficio, es imposible hallar claramente definido el tipo de objetos usados y las diferencias que había en cada clase social; no siempre era diferente la cantidad de objetos de la vida cotidiana que había entre los variados niveles, sino también el tipo y calidad. Esto ha ido permitiendo establecer tipologías de materiales diversos y sus cronologías de fabricación y uso.

El material arqueológico más común es sin duda la cerámica de platos, tazas y ollas de todo tipo; usados tanto para cocina como para comer y guardar alimentos formaron parte del utillaje básico de cualquier vivienda, incluso también de todo negocio, comercio o lugar de producción. Por suerte en los últimos años ha habido un avance sostenido en la clasificación de este tipo de objetos, en especial para los siglos XVI y XIX, lo que permitió iniciar los estudios en el país. Asimismo había también estudios previos sobre las cerámicas indígenas litoraleñas, lo que fue de gran ayuda. Pero, al parecer, por lo menos en función de lo que hasta ahora se ha logrado encontrar, Buenos Aires presenta peculiaridades que la diferencian de otros sitios durante la colonia; incluso en buena medida se distancia de otras ciudades portuarias de América latina en cuanto al tipo y calidad de los objetos usados y adquiridos.

Existen en Buenos Aires tres grandes conjuntos de materiales cerámicos: los de tradición indígena, los denominados *mestizos*, y los importados.¹⁰ Los primeros son cerámicas utilitarias hechas sin duda por pobladores nativos pero que se hicieron desde antes de la conquista -muy pocos por cierto-,

hasta finales del siglo XVIII (la mayoría); es claro que la población nativa fue un grupo importante en la ciudad, a veces olvidado por la historia. Habitualmente era una cerámica pobre, inmersa en las tradiciones litoraleñas en su gran mayoría, aunque a veces suele encontrarse en los siglos iniciales la confusamente llamada cerámica *querandí*. Es interesante ver como se mantuvo tanto la tecnología de fabricación como la falta de color y la ornamentación mediante puntos, uñas, rayas o escobillados. Los tres tipos hasta ahora descritos son (1) Buenos Aires Evertido, (2) Buenos Aires Peinado y (3) San Telmo Pasta Blanca; actualmente hemos encontrado suficiente material como para describir un nuevo tipo, el (4) Decorado Unguicular.¹¹ De todas formas creemos que este tema está aún por hacerse y la presencia de tipos intermedios u otros no bien representados así lo indica.

La cerámica *mestiza* presenta características diferentes; se trata de objetos producidos por la población nativa aunque con técnicas y/o funciones españolas. Un ejemplo característico fue el de los portavelas hechos con cerámicas con técnicas de manufactura y pasta netamente indígenas aunque para una función europea. Asimismo las tinajas, tanto pequeñas como las grandes para vino y agua muestran un sistema de fabricación mediante el tradicional sistema de enrollado, pero con formas, bases y picos españolizados. Mas aun, la cerámica denominada Monocroma Roja, al parecer proveniente del litoral y tan común en Cayastá y en su zona circundante, u otros tipos con decoración pintada o bordes más decorados. Esta cerámica reúne características tanto tradicionales como europeas y es de las más comunes en Buenos Aires; se destaca por su color rojo en la superficie exterior lograda tanto con engobe como con pinturas. En la bibliografía técnica se ha avanzado ya en su seriación, los tipos establecidos a la fecha son: (1) Candeleros, (2) Pipas y Tinajas, (3) Monocroma Roja y (4) Cerámica Policromada. Actualmente debemos separar en el tipo (2) las grandes pipas para vino y los recipientes de menor tamaño que han mostrado ser muy comunes para los siglos XVII y XVIII, y su identificación ha sido reciente.¹² De este último tipo, es decir tinajas chicas hechas con técnica de enrollado y generalmente engobadas tenemos ya dos primeros muestrarios, uno hallado bajo la Capilla del Convento de San Telmo- ex penitenciaría de mujeres-, y otro de la Imprenta Coni bajo la casa Rodríguez, ambos de los inicios del siglo XVIII o poco antes.

Entre las cerámicas importadas desde España entre el siglo XVI y el XVIII existen también tipos y variedades que fueron cambiando o reemplazándose unas a otras en el tiempo. Básicamente hay cerámicas utilitarias y de calidad, siendo estas últimas las conocidas como *Mayólicas* o *Talaveras*. Quizás el tipo más común es el que era usado para transportar en los barcos productos como aceites, anchoas, aceitunas y diversos productos emparentados; se trata de botijas redondeadas terminadas en punta en lugar de base, que siempre debían estar acostadas. Actualmente su forma y las variantes del pico permiten fecharlas con cierta exactitud.¹³ Estos recipientes globulares se fueron haciendo más ahusados con los siglos, aunque siempre fueron en punta; la superficie muestra claramente las marcas de los dedos del torneado y a veces tienen un chorreado formando una cubierta vidriada en el interior o en la boca para mejorar la impermeabilización.

La cerámica vidriada importada es la conocida como Talavera o Mayólica, siendo este último el nombre más exacto, ya que el primero identifica a un tipo en especial. La bibliografía sobre América latina¹⁴ ha establecido varios tipos definidos por su sitio de origen: España, Italia, México, Puebla, México siglo XIX, Panamá y Guatemala, existiendo posiblemente otros aun no bien estudiados. En nuestro país hasta ahora sólo se han hallado ejemplos españoles por lo que damos el cuadro tipológico generalmente usado, tomado de las publicaciones de Kathleen Deagan.¹⁵

1. Tipo de Influencia Morisca	
Pasta Lustrosa	1490-1550
Cuerda Seca	1490-1550
2. Tipo Morisco	
Isabela Policromo	1490-1580
Yayal Azul sobre Blanco	1490-1625
Columbia Liso	1490-1650
Santo Domingo Azul/Blanco	1550-1630
3. Tipo Italianizante	
Caparra Azul	1490-1600
Sevilla Blanco	1530-1650
Sevilla Azul sobre Blanco	1530-1650
Sevilla Azul sobre Azul	1550-1630

4. Talavera	
Policroma	1550-1600
Azul sobre Blanco	1600-1650
Ichtuknee Azul/Blanco	1600-1650
5. Tipo de Catalonia	
Azul sobre Blanco	1760-1820

Todas estas cerámicas son fácilmente distinguibles porque tiene una pasta áspera, entre blanca y rosa, con una cubierta espesa color blanco o celeste, ocasionalmente verde, con puntos, marcas o fallas. La pintura de la mayoría es posterior a la cubierta blanca de base y es en color azul aunque como vimos las hay policromas. Es interesante pero en Buenos Aires se han hallado algunos ejemplos no conocidos en la bibliografía en especial para el siglo XVII, los que esperan pacientemente poder ser estudiados con más detalle y publicarlos. En especial un vidriado amarillo fuerte con pintura en violeta y azul. En este caso aunque la profusion de material sea mucha, los tipos y variedades existentes también son muchos y sus diferencias, básicamente estilísticas no siempre está bien determinadas.

Para terminar existen cerámicas más sencillas, habitualmente llamadas Rústicas. Se caracterizan por tener un simple vidriado de plomo en su superficie, ser de pastas rojas mal cocidas y su función era la de la cocina y utillaje mas económico. Lo interesante es que algunos tipos han resultado ser excelentes marcadores cronológicos en toda América Latina, en especial para el siglo XVI temprano. Pero de todas formas es el conjunto de material que mayores dificultades presenta, aquí y en todas partes, y se mantuvieron en uso incluso hasta bien entrado el siglo pasado.

Así como las cerámicas son marcadores culturales de fechamiento también permiten determinar el nivel de acceso a bienes por sus portadores, aunque esto se limite para ese material solo hasta el siglo XVIII tardío. La Revolución Industrial introdujo para ese momento, desde Inglaterra, un nuevo producto, la *loza* de pasta blanca, con la cual ninguna cerámica podía competir. Creada en origen para reemplazar a la porcelana china terminó siendo un éxito industrial impensable que cubrió al mundo con un tipo de vajilla que aun se utiliza: era blanca, limpia, sin poros, consistente, rígida, resistente, liviana, fácil de lavar, hecha en moldes regulares. Estas lozas co-

menzaron a producirse en la segunda mitad de dicho siglo y la característica que permite identificarla es un tinte amarillento en su pasta y vidriado (de allí su nombre *Creamware*. A principios del siglo XIX una nueva técnica permitió sortear ese inconveniente dándole un color blanco puro a la pasta, aunque el vidriado que se acumulaba en los rincones y ángulos se tornaba ligeramente azul (de allí llamado *Pearlware*) y que se mantuvo en uso casi hasta 1830-1840. Mas tarde fue reemplazado por la loza totalmente blanca que llega a nuestro días (conocida como *Whiteware*). Pero debe tenerse en cuenta que la velocidad del reemplazo de la mayólica puede estar marcando no sólo tiempo sino niveles de accesibilidad a bienes sustantivos, es decir, diferencias de clase y necesidad de prestigio en la propiedad de objetos materiales. Lógicamente la decoración de cada tipo de los citados ha sido fechada y existe una larga bibliografía al respecto, incluso en nuestro medio.¹⁶ La presencia de marcas de fábrica en la base ha servido para organizar catálogos para identificar su origen¹⁷ que son de extrema utilidad. Básicamente las lozas de Buenos Aires son inglesas, aunque durante el fin del siglo pasado y de allí en adelante hubo también provenientes de Francia, Holanda, Bélgica, Alemania, Austria, Hungría y Checoslovaquia entre otros países.

A la loza la acompañaron otros productos que, si bien pre-existentes, no llegaban en cantidad a esta zona del mundo por lo complejo del comercio intermediado por España: el llamado *gres*, una cerámica de alta temperatura de cocción habitual en la Europa nor-central, que fue común para envases de cerveza (color blanco) o ginebra (color marrón o gris oscuro). Fueron los conocidos porrones y las cervezas del tipo *chanchot* tan afamadas en su tiempo. La porcelana en cambio, que llegó desde el siglo XVI, sólo con su producción industrial en Europa se masificó para finales del siglo XVIII, el gres se diferencia de la loza por su alto punto de cocción, la consistencia de su pasta y el brillo peculiar de su exterior, más un grano homogéneo y bien cocido, difícil de romper. La porcelana en cambio es blanca nívea, sonora y cristalina, muy delgada, y sólo en el caso de las orientales de calidad poseen pintura bajo la cubierta vidriada.

El otro producto que ha sido analizado en detalle es el vidrio de botellas y recipientes o frascos para perfumería y farmacia. La fragilidad de este material y el relativo bajo costo lo

hace común en cualquier excavación y, por suerte, su conocimiento ha avanzado en forma acelerada habiéndose establecido en el mundo varios sistemas de clasificación y fechamiento: por la forma de la botella, por la tecnología empleada en la manufactura, por su pico y por su base. En realidad el ideal es lograr estudiar todos estos aspectos aunque es muy difícil encontrar en excavaciones botellas completas.¹⁸ Básicamente la botella de vino común, siempre de color verde (las de color negro son en realidad verdes oscuras) evolucionó desde una forma de cuerpo rechoncho y bajo con pico muy alto hasta el actual de cuerpo alto y pico corto en sólo tres siglos; esto permite ver como hay una coincidencia entre forma-volumen y cronología de cierta exactitud. Por otra parte las botellas fueron hechas mediante el soplado hasta que en los primeros años del siglo XIX se inventó el molde en Inglaterra¹⁹ para reemplazar al tradicional soplado, habiéndose encontrado en Buenos Aires ejemplos del primero de ellos producido por la fábrica llamada Ricketts. Los picos evolucionaron desde un simple refuerzo para evitar su rotura hasta los complejos que actualmente existen, y las bases fueron llevando las marcas del proceso de fabricación y sus cambios en el tiempo.

El vidrio posee ejemplos muy variados: desde los hermosos frascos de perfumería, los coloridos de farmacia, los vasos y copas y las botellas para todo tipo de productos, desde vino hasta cognac. Las marcas, inscripciones, formas del cuerpo las han hecho apetecibles para los coleccionistas. Es posible mostrar tipologías de cada uno de estos grupos y ya es de relativa simpleza fechar o clasificar este material.

Por supuesto este tipo de análisis puede hacerse con cada objeto de los miles que conforman la vida cotidiana en una ciudad como Buenos Aires, y por cierto existe bibliografía técnica para ello a la cual remitimos al lector. Lo interesante es pensar en que, al poder reconocer y clasificar los objetos, podemos atribuir a los contextos en que se hallan, niveles económicos y sociales. La simple observación entre las cerámicas que se usaron en el Caserón de Rosas en Palermo mientras era casa de Gobierno (hasta 1852), y cuando fue Colegio Militar o Escuela de Artes y Oficios (hasta 1899) y otros usos más, muestra que esa correspondencia es muy marcada: porcelanas francesas y lozas inglesas de marca muestran una primera etapa, y lozas baratas sin marca representan a la se-

gunda,²⁰ Otros objetos como frascos de perfumes, o de medicinas, o figurillas de porcelana, son buenos indicadores de niveles sociales, así como son muestra de tipos de actividades la existencia de bolitas para chicos (las antiguas de cerámica, las nuevas de vidrio), de herramientas de trabajo, de sunchos de barriles, de jeringas de vidrio o de lápices y tinteros. Valga como ejemplo un enorme basural estudiado en Palermo, cerca de uno de sus lagos, en el cual la gran masa de objetos eran porcelanas, lozas con inscripciones personales y objetos de indudable lujo mayoritariamente importados: mientras que otro basural en A. Alcorta al 5500 mostró lozas burdas, de origen nacional y de la misma época que el anterior. Su ubicación física en el contexto urbana reconfirma el origen social de los materiales.

Todo este mundo de objetos no existió por sí solo sino formando conjuntos o contextos que implican necesariamente conductas sociales; por ejemplo podemos hablar de los modales de mesa y sus utensilios que son buen ejemplo. Hasta la mitad del siglo XVIII, en España, aquí y en casi todo el mundo, la comida era un hecho frugal, no ceremonial. Una mesa rústica con bancos, el padre presidiendo la cabecera, a veces un trapo o mantel, de platos solo había escudillas o platonos, como cubierto sólo el cuchillo, un vaso y una jarra; el vino siempre reembotellado por lo caro del envase. Los cubiertos tal como los conocemos ahora implicaron platos, un arte de usarlos, una nueva forma de modales de mesa introducidos a fines de la colonia: Manuel Bilbao escribió con razón que "los ingleses introdujeron la costumbre de poner un vaso o una copa en cada asiento, de cambiar platos a cada cambio de comida y de brindar al final".²¹ Y cosa similar escribieron muchos cronistas de nuestra ciudad cuando vieron como las costumbres cambiaban: el recibir invitados significaba un mobiliario diferente al colonial, una ceremonia, vestidos, uniformar la servidumbre, aparadores para mostrar la nueva vajilla -separando así a quienes solo la veían de quienes la usaban-, un comedor y una sala. Hay por cierto muy buena bibliografía en nuestro país que muestra este cambio en el espacio físico: en los trabajos de Diego Lecuona, destacando la importancia del cambio vivido a fines de ese siglo. Incluso la necesidad de cubrir los pisos de ladrillo con alfombras o maderas es importante para la arqueología.

Y precisamente en las excavaciones lo que vemos es como el inicio del siglo XIX muestra un incremento masivo en el

volumen de los objetos, no sólo por un obvio aumento poblacional en la ciudad, sino por una nueva forma de consumir y descartar: la moda. El periódico *El Argos* del 21 de febrero de 1824 veía publicarse avisos inusitados para años anteriores:

El Sr. Joaquín Pérez, lapidario tallista sobre cristal, habiendo estado en las principales fábricas de Francia, y particularmente, en la Fábrica Real de París, tiene el honor de hacer saber a los habitantes de la muy ilustre ciudad de Buenos Aires, que el dicho Pérez ha establecido una fábrica para dar azogue a los espejos y quitar manchas y los dejará con el brillo primitivo. El dicho tiene un surtido de vasos, botellas para agua, copillas, vinagreras, en cristal. Pone nombres a los vasos y hace surtidos de mesa labrados a punta de diamante y a dibujos, según el gusto de cada uno. Vive en la calle Potosí frente al Colegio, casa de Don José María Coronel.

Un buen ejemplo de esta nueva moda de mostrarse ante sus iguales, de organizar tertulias e *invites* inclusive a la nueva costumbre del te, reemplazando rápidamente el mate de siempre. Tomar el te implica recibir, sentarse en sillas y mesa, ser servido, tener un juego de porcelana acorde a la calidad de la casa: el mate se tomaba junto a la negrita que cebaba, frente o tras la ventana, incluso sentados en el piso o en el marco de la reja. Ejemplos como este hay miles y son posibles de entender mejor en el trabajo conjunto de arqueología e historia.

El nombre que la *arqueología histórica* ha tomado es, de por sí, obvio, y una larga bibliografía en el mundo ha descrito sus objetivos, límites y posibilidades.²³ Lo interesante es que en especial en Europa Central, en Estados Unidos y en la ex Unión Soviética el nivel de especialidad ha ido creando nuevos nombres para nuevos campos de actividad. Antes hablamos ya de la *arqueología urbana*, término que hemos aplicado ya en nuestro país. Se trata simplemente del quehacer arqueológico en la ciudad actual, lo cual no implica una arqueología diferente sino la existencia real del uso de instrumental técnico distinto y, a veces, de metodologías impuestas por el excavar dentro o entre arquitecturas interconectadas-es decir una ciudad. Valgan algunos ejemplos: la presencia habitual de material de extrema dureza como el hormigón y el cemento, incluso la cal hidráulica misma, obliga a usar instrumentos pesados, difíciles de controlar, traumáticos para los contextos en que se trabaja, pero es absolutamente inevitable. Un caso

concreto fue la excavación del Cabildo de Mendoza²⁴ donde los objetos se hallaban bajo los restos de una feria municipal cuyos pisos, columnas y cimientos eran de hormigón armado anti-sísmico. Las bases de las columnas pesaban varias toneladas a tal grado que para cada una se necesitó un camión de diez toneladas para moverlas y una grúa para excavarlas. El uso de cortafierros, picos especiales, mazas de varios kilos, palas de diversos tipos y variado instrumental implica un trabajo que, bien controlado, permite llegar a los niveles buscados. Por supuesto que, a partir de allí, las técnicas son las ortodoxas y se requiere el mismo o mayor cuidado en la recolección de los artefactos que en cualquier otro tipo de excavación.

Otro aspecto es la presencia de este tipo de investigación junto a los proyectos de remodelación urbana, cambios en la infraestructura de servicios- agua, luz, teléfono, semáforos, etc.-, y en los planes de preservación urbana.

Por citar algunos casos, en Estados Unidos la arqueología histórica utiliza en lugar del cucharín europeo un tipo de palas planas con mango de dos metros de largo sin agarradera en el extremo. Esto permite decapar superficies grandes y los trabajos mas meticulosos han sido hechos con este instrumental,²⁵ que se usa también en Inglaterra actualmente.²⁶ Ni hablar, de lo que sucede cuando los cimientos descubiertos están atravesados por obras de electricidad, cañerías de obras sanitarias, desagües pluviales o cloacales u otros similares, lo que implica problemas muy específicos más cercanos a la ingeniería que a la arqueología misma.

Un caso diferente es el de la utilización de equipo pesado para definir el proyecto mismo: en la ciudad de San Agustín, en Estados Unidos, se estableció la extensión de la ciudad antigua debajo de la actual mediante un trépano gigantesco, con el cual se excavaba sistemáticamente cada cuadra actual, y mediante las muestras extraídas se fechó -con cierto error por supuesto- y delimitó para la preservación lo que de otra forma hubiera costado grandes sumas y tiempos imposibles.²⁷ En este caso el equipo técnico abre posibilidades enormes ante la arqueología del futuro.

Otro tipo de arqueología urbana lo plantea el trazado de líneas de subterráneos, gasoductos o similares. En este caso estaríamos en los que tradicionalmente se ha llamado *arqueología de rescate*.²⁸ Caso conocido de décadas pasadas es el subterráneo de la ciudad de México y más reciente es el de New York.²⁹ Pero la diferencia básica entre la arqueología de

campo y la *urbana* se establece cuando se piensa que toda la excavación se hace en arquitectura, buscando o no restos de construcciones, pero en contextos que están definidos por la arquitectura misma; de allí que fue lógico que esta especialidad se desarrollara en Buenos Aires desde la historia de la arquitectura más que desde su propia temática. Es obvio y la bibliografía que existe es enorme ya para mostrar como el investigar en un terreno construido donde es imposible hallar una *deposición original* implica problemas muy particulares, pero no por eso menos llenos de sorpresas y alternativas para comprender el pasado.³⁰

Existen otras posibilidades: la arqueología histórica está más cerca de la arqueología *contractual* que las demás.³¹ Este tipo de investigación ha sido utilizado en todo el mundo para trabajos de rescate y prospección en áreas a transformar. En Estados Unidos y ahora en Europa existen empresas privadas de arqueología que son contratadas para estudiar un territorio en el cual va a construirse una represa, una refinería, un camino o una inversión turística cualquiera; incluso en terrenos para abrir al cultivo o la ganadería. En nuestro país han habido varios casos de convenios con ese propósito con arqueólogos institucionales. Pero la diferencia está en que la arqueología histórica puede establecer *objetivos específicos*, es decir buscar sitios o construcciones que la historia ha demostrado su existencia. Quizás el caso más conocido haya sido la acción de Mario J. Buschiazzo quien excavó en 1940 los cimientos de la Casa de Tucumán para reconstruirla tras haber sido demolida,³² o el del historiador de la arquitectura Vicente Nadal Mora que excavó la Quinta de Santa Coloma en Bernal para constatar su forma con los documentos existentes.³³ La ya citada excavación del Cabildo de Mendoza fue contratada por la Municipalidad con el objeto específico de corroborar o no la presencia de restos de ese edificio y, de existir, proceder a su recuperación. Por supuesto en estos casos se estudia y conserva todo lo hallado, aunque no pertenezca a esos edificios, pero hay un objetivo muy concreto que define el proyecto que se establece.

Otro tipo de término que ha surgido en los últimos tiempos es el de *arqueología industrial*,³⁴ aunque en este caso los objetivos y métodos son diferentes. La arqueología industrial nació en la década de 1960 en Inglaterra y para finales de esa década tuvo auge en Estados Unidos de la mano de los movimientos preservacionistas. La intención es la de estudiar, ubi-

car, rescatar y restaurar o preservar los sitios, edificios y maquinarias de la primera época industrial. Este movimiento, que ha realizado obras importantes, incluye a la arqueología propiamente dicha entre sus actividades, en especial para excavar dentro o fuera de sus edificios o sitios, pero es una actividad básicamente histórica que, por su especificidad en cuanto al conocimiento industrial-ingenieril ha tomado su propio camino. Lo mismo sucede con la *arqueología de jardines*³⁵ y otras aplicaciones a lugares o temas específicos. En estos dos últimos casos la interrelación entre la investigación arqueológica, el rescate de un objeto o lugar en especial y la preservación ecológica están indisolublemente unidos. Son otra muestra de como la arqueología al crecer como ciencia se integra a la preservación ecológico-cultural cada vez más.

Todo esto señala, más que erudiciones o subespecialidades que pueden ser discutidas en cuanto a la verdadera existencia de un campo teórico propio, el crecimiento de la arqueología hacia una relación más estrecha con la preservación de lugares y edificios históricos, con la conformación de la ciudad moderna, con los planes de desarrollo urbano y hasta con el diseño mismo del espacio en el cual el hombre vive y trabaja. Una visión al futuro -quizás aun posible- de Buenos Aires o de cualquier ciudad que realmente quiera ser moderna-, muestra no solamente un centro histórico preservado sino también la arqueología como parte de la vida urbana cotidiana. Cualquier proyecto en la ciudad debe implementar previamente investigaciones que le permitan conocer que hay bajo el suelo, e incluso impedir la destrucción de contextos importantes. Mas adelante veremos como el Parque Lezama, sitio donde se atribuyó por medio siglo al lugar en que se fundó Buenos Aires en 1536, ha sido prácticamente destruido en su subsuelo sin haber sido excavado antes. El futuro verá sin duda crecer los proyectos de este tipo, tanto por contratos directos como por proyectos establecidos a largo plazo.

LA ARQUEOLOGÍA HISTÓRICA EN LA ARGENTINA A UN SIGLO DE SUS INICIOS

Es difícil aseverar cuando nació el interés por investigar los restos culturales del período hispánico, pero de lo que no cabe duda es la contemporaneidad entre esta arqueología y la que se preocupaba por el período prehispánico. Para los pioneros de esta ciencia no hubo en realidad grandes diferencias, aunque por cierto hubo quienes se dedicaron a uno u otro tema por separado, o incluso indistintamente. En esto influyó además que la historia y la etnografía aun no habían delineado sus límites precisos con la arqueología y la antropología, permitiendo que los pioneros pasaran de un tema al otro con gran libertad.

Pero quizá debemos recordar algunos trabajos hechos antes de fin de siglo, como la monografía-inédita por mucho tiempo, que Inocencio Liberani y Rafael Hernández hicieron de su viaje a Fuerte Quemado, en Catamarca en 1877. Si bien allí la preocupación central eran las ruinas y lo que se pudiera encontrar que las explicara, no por ello dejaron de recuperar, analizar y trasladar al museo de Tucumán (donde aun se encuentran) dos inscripciones coloniales hechas sobre madera.³⁶ Pocos años mas tarde se produjo la publicación de la expedición realizada por Gunard Lange en 1892 a las ruinas de Watungasta.³⁷ Y aquí debemos recordar la excavación de Juan B. Ambrosetti del patio de la Casa Rosada en Buenos Aires que citamos a comienzos de este libro. En 1906 el curioso investigador Emilio Morales organizó una expedición para excavar las ruinas de la antigua Esteco,³⁸ con el objeto de montar una exposición en Buenos Aires con los utensilios descubiertos, pero, por razones desconocidas, nunca llegó a exponer todo lo que encontró. Pocos años mas tarde, en 1914, el incansable explorador sueco-argentino Eric Boman excavaba en cuatro lugares del Fuerte del Pantano en La Rioja aun-

que sólo se publicó esa información tras su muerte en la década siguiente.³⁹ Otro trabajo que con los años se transformaría en significativo fue el de Carlos Reed publicado en 1918 dando a conocer el cementerio poscolombino de Viluco en Mendoza.⁴⁰

Hay otro ejemplo que debemos citar: en 1904 Félix Outes, quien escribiría mucho sobre túneles y construcciones subterráneas en Buenos Aires, publicó un corto artículo en el que identificaba los montículos conocidos como los Cerrillos del Pilar como de origen colonial y pertenecientes a un fuerte.⁴¹ Lo interesante es que él mismo en 1897 y antes Enrique Lynch Arribázcaga⁴² los habían asumido como prehispánicos: Outes decidió viajar y observar personalmente y rectificó su opinión. Con los años se harían excavaciones⁴³ y se publicaría su historia completa⁴⁴ aunque aun se espera un estudio de sus materiales.

Pero quizá la investigación que más impacto tuvo en esos años fue la de Eric Boman titulada *Cementerio Indígena en Viluco (Mendoza) posterior a la conquista* publicada en 1921 a partir de los datos de Reed ya citados, donde analizaba con detallada minuciosidad los objetos provenientes de tumbas fechadas para la época inicial de la conquista.⁴⁵ Lo mismo sucedió con Salvador Debenedetti, que en ese mismo año publicó su trabajo *La influencia hispánica en los yacimientos arqueológicos de Caspichango, provincia de Catamarca*.⁴⁶ En 1928 Carlos Rusconi y otros colegas estudiaron el ya citado sitio de Puente Alsina en Buenos Aires.

Aquí quiero recordar dos trabajos publicados por un poco conocido investigador. Antonio Romero, quien en 1923 presentó al Congreso de Americanistas, dos interesantes estudios sobre la primera Buenos Aires y sobre el descubrimiento en la ciudad de restos de una fortaleza en la zona de San Telmo. Con un estudio histórico detallado y la observación minuciosa en el terreno ubicó los restos aun existentes en esa época y los describió, mostrando que en ese entonces aun la ciudad era un lugar donde realizar excavaciones o recuperar parte del patrimonio histórico colonial temprano.⁴⁷

La década siguiente vio incrementarse la investigación arqueológica en sitios coloniales, a tal grado que se transformó incluso en parte de la rutina de los Museos de La Plata y Etnográfico. Cuando se descubrió por casualidad la misión del padre Mascardi en el lago Nahuel Huapi, en 1936,⁴⁸ el Museo de La Plata envió de inmediato a M. A. Vignati a excavar el

lugar y otros cercanos, todo lo cual fue luego publicado.⁴⁹ En ese mismo año se organizó la primera expedición a Concepción del Bermejo con apoyo del gobierno provincial. Desde 1932 las ruinas del Fuerte del Pantano eran visitadas por Julián Cáceres Freyre y su padre para recolectar material para sus colecciones. Por supuesto, estos estudios no dejaban de despertar polémicas, de participar en el mundo arqueológico habitual, aunque quizá con menor importancia ante la fuerza que la arqueología prehispánica ya tenía; el caso de las discusiones sobre Viluco son en este sentido significativas y continuaron hasta que Rusconi publicó su opinión en 1938.⁵⁰ Faltaría citar nuevamente el trabajo de arqueología industrial, pionero y único en el país, llevado adelante en 1936 por Ricardo Gutiérrez para rescatar la primera máquina de vapor fija del país.⁵¹

Es decir, existía para la década de 1930 un espacio aceptable para este tipo de arqueología, aunque no tenía su campo propio.

La década de 1940 vio surgir proyectos de mayor envergadura como en el caso de las ruinas de Concepción del Bermejo en el Chaco. Redescubiertas por Alfredo Martinet en 1943 e identificadas como el asentamiento español existente entre 1585 y 1630, mostraban la presencia de 18 manzanas y casi 90 construcciones diversas, incluidas varias iglesias y conventos. Era por cierto un yacimiento de gran interés y posibilidades. Eso llevó a excavar en el lugar a Ana Biró de Stern⁵² y a que se estableciera una intensa polémica sobre el sitio, cuyo vocero fue Monseñor Alumni y que permitió descubrir otros sitios en la región. Sólo diez años más tarde se había logrado algo que la arqueología prehispánica no tomaba en cuenta nunca: se hizo una limpieza completa, se delimitó el sitio, se alambró y se puso cuidadores; es decir se invirtió en protección antes que en excavación, logrando que el sitio llegara a la actualidad en buen estado, lo que permite continuar las excavaciones.

Otro caso de la época fueron las misiones chaqueñas de Nuestra Señora de Los Dolores y Santiago de La Cangayé, y otras de la zona, ubicadas por Martinet en 1945 y excavadas al año siguiente. El problema fue que Martinet organizó la excavación de Nuestra Señora únicamente con el objeto de encontrar los restos del Padre Sena en el interior de la iglesia y no hubo controles arqueológicos de ningún tipo. Para finales de esa década, e incluso de la siguiente, Carlos Rusconi, tras

de instalarse en Mendoza, inicio varias excavaciones en sitios indígenas pre y poshispánicos,⁵³ describiendo muchas colecciones de objetos poscoloniales. Incluso llevo adelante un reducido rescate arqueologico a escala urbana, quizas el primero en el pais: durante la construcción del nuevo Palacio de Gobierno y de los edificios oficiales en esa ciudad, en un área antes rural y de grandes dimensiones, Rusconi recuperó fogones, objetos de diversa índole e hizo observaciones interesantes sobre la ocupación de la ciudad antes de su fundación.

Con la década de 1940 se inició en el país una interesante experiencia que termino frustrada: la Comisión Nacional de Museos, Monumentos y Lugares Historicos fundada por Ricardo Levene incorporó a Mario J. Buschiazzo y mas tarde a Carlos Onetto para llevar adelante sus trabajos de restauración. Ambos tuvieron clara conciencia de la necesidad de utilizar la excavación como técnica para conocer más acerca de los edificios a intervenir, y la aplicaron. Es cierto que lo hicieron en forma muy rudimentaria, aunque no lejana a lo que se hacia en la época, pero siempre subsumida a la arquitectura misma; lo importante era la integración de esta ciencia a la preservación patrimonial. Valga como ejemplo la Casa de Tucumán que, como sabemos, habia sido demolida desde fines del siglo anterior. Buschiazzo procedió a excavar el lote, encontrar los cimientos originales y reconstruyó la casa siguiendo esos muros.⁵⁴

El otro caso, y por cierto el mas importante en el pais, es Cayasta, la antigua Santa Fe; la obra la mayor aliento en el pais no sólo de interdisciplina sino de preservación a escala urbana, que ahora sufre las crisis y el abandono y olvido. La obra se debe a Agustín Zapata Gollán, quien desde el mismo inicio de la década de 1950 demostró su ubicación y comenzó a excavar con técnicas muy simples -siguiendo los muros de los edificios mas importantes-, mostrando el buen estado de conservación de esta ciudad fundada por Garay. Por suerte la bibliografía sobre el tema es enorme,⁵⁵ y si bien faltan estudios más sistemáticos, en especial de los miles de objetos excelentes allí recobrados, es el sitio histórico que mayores posibilidades ofrece a las próximas generaciones de arqueólogos.

Pese a la importancia que Cayastá tiene y, al margen de las criticas que desde hoy podemos hacerle a su falta de rigor metodológico, el proyecto reunía características que por su envergadura eran únicas en el país y comparables con sólo algunos otros en América latina. Pero así como fue el primero,

fue también el único y el último por muchísimos años. La experiencia de preservar una área, excavar, restaurar, proteger los restos de arquitectura y hacer un museo del sitio no sirvieron de ejemplo, o si sirvieron no tuvieron cabida en la realidad nacional. Los casos siguientes son pocos y de mucho menor envergadura que éste. Ibatín, por ejemplo excavada en 1965 por Amalia Gramajo,⁵⁶ permitió formar excelentes colecciones, pero de ella nunca hubo una publicación detallada ni se restauró el sitio, pese a su importancia, aunque se logró su preservación: sería de interés conocer con detalle la excavación del cabildo, los conventos y las iglesias de la ciudad. Esta investigadora hizo otras excavaciones y estudió objetos excavados por los Wagner mucho antes en varios sitios cercanos al río Salado y los dió a conocer.⁵⁷

Otro estudio que debe citarse como ejemplo de investigación completa es el de Eldo Morresi en Concepción del Bermejo, de la década de 1960, que sigue la huella de Cayastá.⁵⁸ Allí se hicieron estudios urbanísticos, arqueológicos, históricos, etnohistóricos, fechados, con Carbono 14 y estudios de dendrocronología, además de tareas de protección y cuidado del sitio. Es de lamentar que, al igual que en casi todos los trabajos citados, no se estudió con detalle la cerámica ni se la describió, más aun habiendo en las colecciones ejemplos de gran importancia, en especial en los tipos mestizos e indígenas. En los años más cercanos a nosotros podemos recordar los trabajos llevados a cabo en Mendoza por Humberto Lagiglia en San Rafael del Diamante en 1973 y 1975. Allí no solo se liberó el Fuerte y se los preservó sino que también se hizo un detallado estudio de los materiales recuperados. Otros investigadores como Beatriz Moldes recorrieron el curso inferior del Río Negro; Jorge Fernández exploró en la Ciudad del Mismo Nombre de Jesús en Tierra del Fuego, donde en la década siguiente se establecerían varios proyectos de excavación de gran rigor metodológico.⁵⁹ Asimismo Antonio Austral excavó en El Ceibo e incluso hizo discusiones teóricas sobre el tema⁶⁰ y en Potrero de Garay, Córdoba, E. Berberian excavó un asentamiento indígena poscolonial.⁶¹

Para terminar quiero referirme a dos estudios interesantes y que han sido de utilidad para las excavaciones de Buenos Aires: se trata del pequeño estudio de materiales hecho por Carlos Cerutti en la Reducción de San Francisco Javier en Santa Fe⁶² y su análisis de la cerámica de Cayastá. El otro estudio fue realizado por Víctor Nuñez Regueiro y Beatriz de Lo-

renzi en Corrientes, y sus materiales han servido de base para la clasificación del material indígena y mestizo porteño,⁶³ siendo uno de los más completos producidos hasta la fecha.

En los últimos años el problema de la creación de un campo profesional para la arqueología urbana dentro del contexto de la arqueología misma ha ido definiéndose un poco más. Quizá porque los proyectos organizados desde 1985 hayan nacido desde otras áreas del conocimiento, como la preservación o la historia urbana, o por la influencia de los avances vividos por algunos especialistas en el exterior del país. Es posible reseñar algunas actividades recientes que tienen una significación especial: por ejemplo en Rosario⁶⁴ se ha iniciado una excavación a largo plazo del basural de la ciudad. Si bien el trabajo es selectivo, ha mostrado en sus primeros avances una preocupación inusitada por los objetos del siglo XIX. En Mendoza hemos ya citado la excavación del Cabildo⁶⁵ que ha permitido el estudio de un tipo de construcción muy peculiar, el matadero, y hacer una reconstrucción de las actividades que se desarrollaban en ese lugar. En Buenos Aires el Centro de Arqueología Urbana⁶⁶ creado en 1985 ha llevado a cabo una docena de excavaciones en la ciudad, básicamente en San Telmo y las zonas del centro y sur de la ciudad, logrando establecer el primer proyecto sistemático de excavación en una ciudad en el país cuyos resultados están siendo ya publicados.⁶⁷

Quizá valga un proyecto como ejemplo de las posibilidades que da la arqueología en la ciudad: el actual proyecto que se está realizando bajo las Galerías Pacífico.⁶⁸ En este caso se incluyó el rescate del material que pudiera aparecer durante las obras de remodelación de estas enormes construcciones -casi una manzana completa-, su clasificación y estudio, por convenio con la Comisión Nacional de Museos, Monumentos y Lugares Históricos. El conjunto allí recobrado es significativo para el siglo XIX y sin duda, a la fecha, integra la más importante colección en el país de este tipo de material.

EXCAVACIONES EN PARQUE LEZAMA,
BUENOS AIRES
(1988-1989)

Daniel Schávelzon - Ana María Lorandi

Esta investigación se desarrolló en el marco de los programas del Centro de Arqueología Urbana, del Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas M. J. Buschiazzo, de la Universidad de Buenos Aires durante los años 1988 y 1989.

Las excavaciones se hicieron con la ayuda de la arqueóloga Sandra Fantuzzi y el arquitecto Marcelo Magadán; colaboraron en los trabajos Félix Acuto, Teresa di Martino, Pablo López Coda, Marcela Medizza, Paula Palombo, Marisa Lazzari, Verónica d'Angelo, Andrés Zarankin, Amaru Argueso, Fernando Píriz y Marcelo Seume. Agradecemos en forma especial a Earthwatch por haber hecho posible esta excavación.

La excavación dentro del Museo Histórico Nacional pudo hacerse gracias a la autorización de la Comisión Nacional de Museos, Monumentos y Lugares Históricos; agradecemos al director del museo, Jacinto Fierro, y a María Angélica Vernet por su colaboración. La investigación histórica fue realizada por María del Carmen Magáz y María Beatriz Arévalo. La cerámica colonial fue revisada en Madrid por Lorenzo López y Sebastián.

Uno de los temas más atractivos para la arqueología en Buenos Aires es, sin duda la ubicación de la aldea de Pedro de Mendoza, es decir el lugar en que la primera ocupación española de la actual ciudad fue establecida entre 1536 y 1541. No queremos decir el sitio de la primera fundación, ya que ese término implica referirnos a una vieja polémica acerca de si la ciudad fue fundada o no en esa oportunidad. De todas formas su ubicación precisa en primer lugar, y de encontrarse, el estudio de las condiciones de vida de sus ocupantes, es un tema atractivo y de importancia para nuestra historia. Es así como surgió un proyecto encaminado a excavar el sitio de mayores probabilidades según la historiografía oficial, es decir el actual Parque Lezama. Allí se encuentran los monumentos a Pedro de Mendoza y a Utz Schmidl y desde 1936 hay un marcado consenso sobre el lugar -aunque con fuertes discusiones-, y prácticamente todo porteño estudia en sus manuales y libros escolares que esa es una verdad indiscutible.

Es absolutamente imposible reseñar siquiera en este artículo la enorme bibliografía existente sobre el tema, ya que desde el siglo pasado se han escrito cientos de libros y artículos de la más variada índole y calidad. Pero de todas formas, es posible establecer algunas ideas centrales que permiten definir las hipótesis existentes y su grado de factibilidad. Recordemos que Pedro de Mendoza recibió su *Capitulación* el 21 de mayo de 1534 y que entre las condiciones que el rey le estipuló estaba la de construir "tres fortalezas de piedra".⁶⁹

La flota de Mendoza era poderosa para la época; compuesta por unos 2.000 hombres y mujeres, caballos y enseres de todo tipo, sufrió adversidades y problemas en el viaje y al llegar a la isla de San Gabriel frente al Uruguay contaba con unos 1.500 viajeros. De allí salió un grupo a reconocer la costa oc-

cidental del río que incluía un práctico que había viajado con Gaboto a estas tierras, y en el mes de febrero de 1536 la flota ancló en un sitio no bien determinado sobre la costa. La información existente es vastísima, pero, por cierto, muy vaga, lo que se ve dificultado por las diferentes lecturas que los autores modernos han hecho de ella; de lo que no queda duda es de la presencia de "un río pequeño que entra en el río grande"⁷⁰ de las barrancas y de que hubo al parecer un puerto y un "real" o asentamiento - cuál era la distancia entre uno y otro no lo sabemos, si es que la hubo-. Ruy Díaz de Guzmán habla del riacho "del cual media legua arriba fundó una población que puso por nombre Santa María",⁷¹ y Hernando de Montalvo escribió que "Buenos Aires tiene un muy buen puerto que es un riachuelo",⁷² e incluso Pedro Estopiñán Cabeza de Vaca ubicó "la entrada del puerto justo donde estaba asentado el pueblo".⁷³ Todo esto es confuso ya que en realidad los datos concretos son pocos y los accidentes físicos son obviados salvo por el riacho y la barranca; todo esto llevó a que desde el siglo pasado se considerara como lugares más probables los terrenos que van desde el actual Riachuelo, cuya entrada no es la que había en el siglo XVI, y la zona de la actual Plaza de Mayo, y de allí siguiendo el cauce del Riachuelo mismo. La mayor parte de las hipótesis existentes se restringen a esa zona.

El inconveniente más grave de todo esto es que desde la primera edición del libro de Utz Schmidl⁷⁴ se incluyeron dos grabados que muestran una ficticia ciudad siendo asediada por los indios. Y si bien la bibliografía ya ha demostrado que esos dibujos son de un grabador alemán que ni siquiera conoció personalmente a Schmidl e hizo su trabajo por encargo de un editor, la base de la identificación de la ubicación de la ciudad se sigue haciendo con esas ilustraciones. Incluso hay libros enteros dedicados a interpretar e incluso a "completar" dichos grabados.⁷⁵ En ellos se ve un recinto guarnecido por una muralla, casas de tradición europea -incluida una de dos pisos- una costa sin barranca pero con colinas y otros detalles que no eran de Schmidl, quien conoció demasiado bien la región, su flora y fauna; incluso las olas del río casi lamen los pies de la muralla sobre la costa. A todas luces son irreales y, si bien es posible encontrar algunas similitudes con la zona, se debe tener en claro que éstas pueden ser casuales o resultado de que el grabador leyó el manuscrito antes de dibujar, o bien por haber forzado a grados extremos nuestras ideas acerca de como debió haber sido el sitio.

Las hipótesis establecidas hasta ahora con cierto rigor científico son las siguientes: la primera fue postulada por Paul Groussac y por Eduardo Madero,⁷⁶ coincidiendo ambos en que el sitio estaba sobre el Riachuelo mismo, en la zona de la Vuelta de Rocha, pese a que el lugar es bajo e inundable; fue ampliamente discutida por Juan José Nájera⁷⁷ y Enrique de Gandía⁷⁸ en función de la geología de la zona y de la fecha de construcción del fondeadero existente en ese lugar. La segunda hipótesis fue sostenida por Anibal Cardoso⁷⁹ para quien el sitio estaba ubicado en la orilla norte del Tercero del Sur, también llamado zanjón de Granados, en lo que hoy es la zona de las calles Chile, Perú, Balcarce, México, Independencia y Defensa. Sin duda las investigaciones realizadas por Cardoso fueron las más amplias y completas de su época, incluyendo estudios geográficos, ecológicos, fisográficos, históricos y geológicos. Esta idea se encuadra con otras que veremos más adelante.

Pero la hipótesis más fuerte es la establecida originalmente por Félix Outes,⁸⁰ quien pensó como sitio probable la barranca de Parque Lezama hacia la esquina de Paseo Colón y Martín García; coincidían en este caso la barranca con el puerto en el Riachuelo original y según él la antigua aldea cubría parte del actual parque. Esta idea fue estudiada más tarde por Nájera⁸¹ y por de Gandía,⁸² quien incluso compiló mucho material sobre el tema y en especial sobre la destrucción de la ciudad por órdenes de Alonso de Cabrera.⁸³ De Gandía formó en 1936 parte de la comisión del Ivo. Centenario junto con Mariano de Vedia y Mitre, Emilio Ravignani y José Torre Revello, quienes publicaron la serie de volúmenes que contienen los documentos de archivo sobre el tema. Esta comisión concluyó que Lezama y su entorno inmediato era el lugar más probable,⁸⁴ aunque la localización distaba de estar probada; en cambio Nájera pensaba en una zona más amplia, que iba desde Lezama hasta el Tercero del Sur. De todas formas gran parte de sus ideas hoy pueden ser discutidas, en especial la interpretación de las láminas de Schmidl. Pero de todas formas, aunque la duda quedaba establecida, la bibliografía tomó el hecho como consumado y definitivo. Nunca hubo intentos de excavar en el lugar o siquiera controlar las excavaciones realizadas para construir y demoler edificios en el lugar, como luego describimos.

Con los años surgieron otras hipótesis más o menos serias o novedosas, como las de Carlos Roberts que ubicaban el

asentamiento en plaza San Martín,⁸⁵ la de Guillermo Furlong que lo hacía en las cercanías del puente Uriburu,⁸⁶ la de Marcelo Yrigoyen⁸⁷ y tantas otras. Todas se basan en los mismos datos y todas pueden ser criticadas con los mismos argumentos. El tema, por cierto, sigue esperando una visión menos comprometida y más neutral que no quiera mostrar que los documentos indican el sitio predeterminado por el autor, ya que su misma vaguedad sirve para adaptarlos a cualquier lugar. Esto es tan cierto que incluso se dejaron de lado documentos originales de importancia, conocidos en su época, por no ajustarse demasiado a las hipótesis que se querían demostrar.

Con respecto a descubrimientos en los sitios respectivos sólo hay uno que puede ser citado, aunque después deba ser descartado: se trata del hallazgo por Eduardo Madero de restos de barcos por él identificados como de tiempos de Mendoza, y que hoy están en el Museo Histórico Nacional. No hay una atribución cierta, no hay información alguna sobre el sitio exacto de proveniencia -algún lugar del actual puerto, cerca de Dársena Sur- y además, las dimensiones del barco no parecen corresponder ni con La Marañona -como él supuso- ni con la Santa María, como también aseveró. Ni siquiera existe un estudio mínimo salvo algunas descripciones.⁸⁸

De todas formas y al margen de lo que la historia nos ha dicho, la arqueología presentaba la posibilidad de demostrar o denegar esas ideas: la única alternativa para dilucidar el problema es la excavación, suponiendo que aun quedara algo de dicho asentamiento. De allí la intención de excavar en Parque Lezama y comparar los resultados con lo obtenido en otros sitios de la ciudad, en especial con San Telmo y la zona del Tercero del Sur. Para ello era necesario repensar el tipo de asentamiento que pudo construir Pedro de Mendoza, su extensión y características.

En primer lugar debemos tener en cuenta que Mendoza traía una flota impresionante para su época y que 1500 hombres y mujeres, además de sus caballos, conforman una masa humana que ocupa un lugar de gran extensión. Sabemos que muchos de ellos continuaron viviendo en las naves, que otros viajaron constantemente y mucho tiempo tanto por agua como por tierra; de todas formas era un contingente importante. Lógicamente su impronta sobre el suelo debió ser de alto impacto, más aún que construyeron casas -que no debieron pasar de ser unas ramadas-, una muralla de tierra- quizá só-

lo un montículo que rodeaba el sitio-, una o mas iglesias que fueron llevadas por el agua y la casa de Mendoza que se destacaba sobre las demás. Incluso en los últimos años y ante el hambre que los azotaba, comenzaron a sembrar la tierra. Cientos de cadáveres debieron ser enterrados en algún sitio, aunque Antonio Rodríguez nos dice que algunos quedaron sin sepultura⁶⁹ lo cual supone una actividad fuerte sobre el terreno. También los viajeros y quienes arribaron mas tarde trajeron vajillas y una variedad inusitada de objetos de uso cotidiano que, amén de los restos de los animales mismos, dejan huellas factibles de ser localizadas. Los juicios seguidos por los sobrevivientes nos deja una lista enorme de los objetos con que contaban, lo que debió quedar sembrado en tantos años a lo largo de una superficie extensa. Y si bien es difícil calcular el área directamente afectada y ocupada, debe ser de por lo menos varias manzanas actuales. Esto permitía suponer que, si en otros sitios de la ciudad se encontraron materiales de esa época, sin duda en el asentamiento mismo debía existir un contexto completo de objetos de fácil ubicación cronológica, sellado por una capa de carbón del incendio ordenado por Alonso de Cabrera antes de su posterior abandono por el medio siglo siguiente. Hoy en día la arqueología puede identificar los tipos cerámicos de la primera mitad del siglo XVI sin mayores dificultades.

Descripción y reseña histórica del Parque Lezama

Los terrenos que hoy ocupa el parque tienen una larga historia: repartidos por Garay en 1580 a Alonso de Vera quedaron desde siempre fuera del trazado del casco central, que terminaba en el Tercero del Sur, límite físico de la ciudad hasta el siglo XVIII. La superficie que ocupa está demarcada por las calles Paseo Colón, Martín García, Brasil y Defensa y su característica mas saliente es su desnivel y sus barrancas; (éstas fueron relativamente más altas antiguamente pero para construir el Paseo Colón se subió el nivel de esa calle casi cinco metros sobre el original). Debido a su altura en el borde de la barranca se ubicó un Casa de Pólvora, a veces confundida con la Guardia del Riachuelo, la que fue desmantelada a inicios del siglo XIX. Eran terrenos poco frecuentados, deshabi-

tados, cuyo nombre común era Punta de Santa Catalina por lo menos hasta 1729 en que los compró María Bazurco. Después de ella el terreno se subdividió en varios solares y la primera construcción digna de recordarse es la que en 1812 le vendió Manuel Gallego y Valcárcel a Daniel Mackinlay. Por este último poblador fue conocido el lugar como "Quinta de los Ingleses" durante casi un siglo, aunque sus tierras no ocupaban exactamente la superficie actual del parque. Lo poco habitado del sitio lo expresa bien José Mármol en su *Amalia* al describir el lugar y la barranca durante la noche⁹⁰.

En 1826 la quinta fue comprada por un norteamericano llamado John B. Horne, quien amplió el terreno, construyó obras de ornato y jardinería y levantó una regia mansión sobre la calle Defensa; sus fiestas fueron célebres en su época y han quedado varias descripciones interesantes. En 1857 todo pasó a poder de Gregorio Lezama quien hizo ampliar la casa con torre-mirador, estatuas, galerías y nuevas obras de jardinería; en buena parte es lo que existe actualmente. Incluso se hicieron otras obras para la servidumbre, caballerizas, cocheras y galerías, incluidas calles con macetones y estaturas, además de miradores y una glorieta. Fue la primera gran intervención física sobre el terreno del parque. Pero debemos recordar que los lotes que enfrentaban las calles Brasil y Defensa no eran de su propiedad y existían casas de otras familias, las que llegaron hasta el final de ese siglo: es decir que sus terrenos quedaban cerrados a la calle casi en su totalidad, salvo en la zona de las barrancas.

En 1887 la Municipalidad estaba interesada en imitar el sistema de parques de París, con la construcción de uno en la zona sur que hiciera *pendant* con el de la zona norte. Con la muerte de Lezama en 1887 la familia vendió los terrenos incluida la gran casona, y el municipio adquirió las casas que se abrían tanto hacia Defensa como a Brasil, para ampliar el terreno procediendo luego a demolerlas: la residencia pasó a ser Museo Histórico Nacional;⁹¹ más tarde se construyó una reja perimetral en el parque, que subsistió hasta 1931. Estas demoliciones arrojaron gran cantidad de escombros y parte de éste fue usado para darle mayor altura al terreno sobre la calle Brasil, dejando incluso parte de paredes, pisos y cimientos de las casas preexistentes bajo la tierra. En la parte baja del terreno se levantó una escuela, que al principio funcionó en las caballerizas, pero todo fue demolido, incluso el nuevo edificio de dos pisos, antes de 1950. En 1900 se construyó en Brasil

y Balcarce un enorme restaurant con forma de molino, al borde del actual anfiteatro, cuya obra es moderna. Pero el parque tenía otras construcciones mas: un tren con estación para niños, un teatro abierto hecho en 1908, una provisional plaza de toros. un lago con góndolas luego relleno, un quiosco, un lactario y tambo, la pérgola sobre Martín García, la pista de patinaje, un enorme palco-tribuna para fiestas, un circo, un picadero y varios monumentos levantados durante y a partir de 1936.

Esta lista inusitada de edificios construidos en el parque destruyó la enorme mayoría del terreno hasta profundidades insospechadas. Para hacer el anfiteatro se debieron mover mas de 3.000 m³ de tierra; mas tarde se pasaron por debajo de la tierra cañerías de agua, electricidad, gas, teléfonos, semáforos, desagües cloacales y pluviales, etcétera. Como veremos, en las excavaciones nadie se preocupó jamás por pensar que, si era cierto que allí podía estar la Buenos Aires de Mendoza, sus restos debían cuidarse y preservarse, o siquiera estudiarlos. Ahora es demasiado tarde.

Ubicación de las excavaciones

Este parque, a diferencia de la mayoría de los de la ciudad posee una topografía muy peculiar, con tres zonas: las barrancas, la parte plana superior y el sector del anfiteatro, existiendo un desnivel máximo de 13,53 metros en relación con las calles y un desnivel absoluto de 23,53 metros sobre el cero de la ciudad. Se trianguló todo el parque por sobre los planos pre-existentes con el objeto de que las cuadrículas a excavar cubrieran los diferentes sectores del mismo, en la medida en que gran parte del terreno esta cubierto por calles asfaltadas, monumentos, construcciones diversas, bancos, fuentes y arboles; por otra parte el parque es usado diariamente y no era posible afectar en forma agresiva las actividades habituales.⁹² El punto cero de triangulación quedó marcado en el Monumento a Pedro de Mendoza para futuros replanteos.

Los tres sectores elegidos en primera instancia fueron:

- 1) la cota mas alta sobre la barranca que da al sur, tratando entre otras cosas de ubicar algún resto del polvorín que allí había existido; en ese sector se ubicaron las cuadrículas B-1

y B-3; las B-4 y B-6 se hicieron en el medio de la barranca y la B-5 al pie de ella, con el objeto de dar una cobertura sistemática

2) en otro sector cercano de cota aun mas alta (23,30 metros) se hizo la cuadrícula A-4 y

3) al norte de la superficie central del parque las A-1 a A-7; sobre la barranca hacia Paseo Colón se escavó la B-7 y la operación denominada V que intentaba otro objetivo. En ese caso se planteó la posibilidad de hacer una microestratigrafía para entender el proceso de cambio vivido por el suelo de la plaza durante el último siglo y compararlo con el uso actual, en una superficie amplia (cuatro cuadrículas). Además de esto se excavó dentro de dos pozos de aljibes encontrados casualmente en el interior del edificio del Museo Histórico Nacional y también se hizo una intensa recolección superficial en todo el terreno.

Recolección de material superficial

Desde la primera visita al parque se observó que sobre su superficie, en los sectores mas erosionados de la parte superior de la barranca sureste, quedaban a descubierto fragmentos de cerámicos y vidrios de diversa antigüedad. La presencia a simple vista de materiales fechables para los siglos XVII y XVIII presentaba un panorama alentador sobre la antigüedad del lugar, aunque sólo más adelante identificamos bien los tipos mas antiguos. El problema era la enorme masa de objetos en superficie, la mayoría modernos -chapitas y vidrios de gaseosas, palitos de helado, plásticos-, lo que obligó a descartar todo objeto que no tuviera una antigüedad mayor de unos 50 años. Se aprovechó la intensidad de las lluvias que se sucedieron durante los 45 días de excavación para hacer sucesivas pasadas, incluida una posterior a la excavación.⁹³ Se pudo, observar lo intenso de la erosión en el parque, que debe de haber desgastado grandes superficies, las que hoy muestran las raíces de los árboles al descubierto por el mismo motivo y que el intenso proceso de excavación y demolición que se sucedió en el último siglo invirtió la estratigrafía, dejando más material en superficie que bajo tierra, por lo menos en algunos sectores del parque como luego veremos.

El caso del Polvorín es sintomático: sus rastros se conservaron hasta hace unos diez años, cuando, para afirmar un caminito se lo destruyó, dejando los ladrillos al descubierto, que luego fueron desapareciendo lentamente. La gran masa de cerámicas coloniales de superficie proviene justamente de allí, donde quedó tras la remoción de los cimientos y de la tierra del interior, luego lavado por la lluvia.

En una descripción rápida lo recolectado puede clasificarse en 27 fragmentos de gres de frascos y botellas de cerveza, ginebra, tinta y conservas, la gran mayoría inglés y holandés. Lógicamente la mayor parte la botella es de cerveza inglesa⁹⁴ del tipo cilíndrico (clasificando como Tipo 2a): uno de ellas pertenece a la Cervecería Hispano-Italiana de Pérez y Corti (1880-1900 aprox.), y otra a la cervecería de Bieckert en sus primeros años (cerca de 1870). La porcelana estuvo presente con 4 fragmentos finos y 27 blandos, lo cual muestra una mayor presencia de objetos de uso cotidiano posteriores a 1850; sólo uno provenía de oriente. El vidrio fue el material predominante y hubo fragmentos de botellas inglesas de vino, tanto sopladas como de molde, con picos hechos a mano; hubo botellas de ginebra de base cuadrada, vasos de ondas y muchos fragmentos de frascos de farmacia y perfumería, incluso de colores. La mayor parte del vidrio es del siglo XIX pero media docena pertenece al siglo XVIII o incluso poco antes; lo fragmentario de la muestra impide mayores definiciones. Por supuesto fueron recuperados otros materiales culturales como azulejos en todas sus variedades, desde Pas de Calais en adelante, incluido uno español del siglo XVIII, molduras de yeso, tornillos, maceteros diversos, tejas francesas, caños de cerámica vidriada, etcétera. Es interesante que los fragmentos de molduras resultaron similares a los excavados en la Casa Barriles a 200 metros de distancia.

La cerámica propiamente dicha resultó ser variada: la loza arrojó 317 fragmentos que fueron clasificados en Creamware, (9) Pearlware (51) y Whiteware, (247), mostrando así un predominio del período pos-1850. Tipológicamente hubo 139 blancos, 14 de borde decorado, 71 impresos, 20 de Azul Desleído, 14 Estampados, 28 Pintados a Mano de la variedad Floreal, 22 de Decoración Anular y otros varios. Esto indica una alta presencia moderna, mucho mayor de lo esperable por los porcentajes promedios en Buenos Aires. Las Mayólicas españolas vidriadas resultaron ser 19, todas de los siglos XVII y XVIII. Hubo 3 fragmentos del tipo Bacín: la Mayólica Morisca

6 apareció representado con fragmentos de azul sobre blanco incluidos 2 con verde, 3 policromos del siglo XVIII y uno blanco y 5 partes de un enorme macetero decorado en azul. Entre la cerámica rústica apareció un fragmento de tinaja española de aceite, un borde de una tinaja y otros tipos rústicos de ese mismo fechamiento antes citado. Estos tipos se analizan más adelante con otras cerámicas provenientes de la excavación

Excavaciones

Cuadrícula A-1:

Ubicada en el sector norte del parque midió 160 por 100 cms. fue excavada hasta 110 cms. de profundidad, hallándose la arcilla estéril a los 90 cm. Se observaron 5 niveles estratigráficos: una delgada capa de humus negro, otra bajo ésta de color amarillento con fragmentos de demolición, una tercera con material cultural del siglo pasado y, sobre la capa limo-arcillosa, un nivel de tierra muy compactado que incluía material más antiguo, originado hacia 1800, incluyendo un tubo de pipa de caolín fechable medio siglo antes. Es interesante que la cerámica más antigua estaba sobre el nivel de demolición mostrando así una estratigrafía invertida, la que más tarde fue también perturbada encontrándose en todos los niveles objetos del siglo XIX tardío y XX temprano. Existe un único fragmento más antiguo y se trata de lo que hemos clasificado como Verde sobre Amarillo de Pasta Roja, un tipo emparentado con el Lebrillo Verde y asociado al siglo XVI temprano. El problema lo presenta el engobe blanquecino exterior y la poca coloración del vidriado interior, lo que nos lleva a sospechar que en realidad sea parte de una botija de aceite con un chorreado interior de coloración similar. Lo reducido de la muestra hace imposible mayores detalles. De ser esto último verdad no hay posibilidad de un fechamiento ajustado.

Cuadrícula A-2

La excavación de esta cuadrícula fue suspendida al llegarse a los 90 cm. de profundidad por la presencia de tres caños, dos

de fibrocemento y otro de hierro que habían destruido todo el conjunto. De todas formas el material recuperado fue analizado, mostrando que en el relleno había objetos de cierta antigüedad, entre ellos una moneda de 2 reales de 1856, 2 fragmentos de cerámicas tipo bacín, uno de la variedad de borde plano y otro del complejo y algunas lozas de la primera mitad del siglo pasado.

Cuadrícula A-3

Esta fue la excavación de mayor profundidad hecha en el parque, habiéndose llegado a los 215 cms, aunque el nivel estéril se halló a los 68 cms. El objetivo era seguir en su migración los pequeños fragmentos y espículas de carbón y ladrillo que habitualmente se encuentran en el nivel limo-arcilloso bajo Buenos Aires. Se encontraron 5 niveles de ocupación a partir del humus superior, formados por una capa delgada de ladrillo apisonado y muy destruido que cubría a su vez un estrato con gran número de objetos del siglo XIX va incluido loza y vidrio: por debajo una gruesa capa de tierra oscura y muchas raíces, casi estéril, que cubría un nivel de material de demolición.

Los materiales encontrados en los niveles superiores son todos de los últimos 100 años, incluyendo un clavo forjado y una botija de aceite que pueden ser más antiguos aunque su fechamiento es difícil de precisar; en cambio las lozas y el resto del material no presentan dudas. Sin embargo algunos vidrios soplados pueden mostrar una cronología ligeramente más antigua. Sin embargo, en los estratos 4 y 5 se observan materiales mucho más modernos como contexto y deben de estar en relación con un cable eléctrico encontrado en un extremo de la cuadrícula, cuya colocación debe de haber invertido la estratigrafía. Fue interesante encontrar una cazuela de pipa de caolín con las letras D y T que permitió identificarla como fabricada por Thomas Dormer, en Londres, en los primeros años del siglo XIX⁹⁵. En síntesis, es evidente tanto en el material como en los perfiles que el terreno ha sido profundamente perturbado, mezclándose en las demoliciones y excavaciones los materiales de cada época. Es de suponerse que el escombros sobre el nivel estéril coincida con los objetos más antiguos -para finales del siglo XVIII- y lo demás corresponda a la ocupación y modificaciones ulteriores.

Cuadrículas A-4 y A-5

Se trata de la excavación de la casa Barriles que se detalla más adelante.

Cuadrícula A-6:

Ubicada en el medio de un gran cantero en la zona central del área oeste de la plaza, midió un metro de lado y fue excavada hasta un metro de profundidad. El primer nivel mostró material contemporáneo, mientras que un segundo estrato fue arrojando materiales más antiguos en una tierra oscura y arcillosa, que, a partir de los 55 cm se confunde con la arcilla estéril para culminar a los 85 cm de profundidad. En el segundo nivel hubo una densa concentración de objetos del siglo XIX, como lozas impresas, floreales y estampadas, porcelana y vidrio negro de botellas inglesas de vino. Pero mezclado con eso aparecieron cerámicas de considerable antigüedad, del siglo XVII y del XVIII, sin guardar ninguna diferenciación en su distribución física. Se trata de un fragmento de vasija para aceite, tres mayólicas y una de tipo rústico con vidriado interior. Esta fue una de las pocas cuadrículas que mostró una secuencia temporal entre sus niveles, aunque el inferior incluyera material indistintamente de varias épocas. El caso extremo es un fragmento de Mayólica Morisca Santo Domingo, pintada en azul sobre blanco en el exterior e interior; cuya cronología establecida es de 1550 a 1630⁹⁶ siendo así del material más antiguo del sitio. Proviene del exacto punto entre el estrato superior y el segundo en forma descontextuada.

Cuadrícula A-7

Se trató de una excavación de 1,50 metros de lado y, en forma resumida, todos sus niveles mostraron alta concentración de material de los siglos XIX y XX, aunque hubo un bolsón con cerámica de inicios del siglo pasado. Los 42 fragmentos de vidrios y los 55 de lozas así lo comprueban, ya que hubo presencia de Pearlware, de motivos chinoscos pintados a mano y de cerámica rústica vidriada. El material estaba incluido en estratos que mostraban evidencias de haber sido lavados intensamente, sea por erosión por estar expuestos o por agua que co-

rió una vez depositados. Hubo también gruesas raíces que cruzaban todos los niveles, y la arcilla estéril se halla a sólo 50 cm. de profundidad. En el nivel inferior, pero sin relación deposicional con el material mas nuevo, aparecieron varios fragmentos atribuidos al siglo XVIII y posiblemente uno del XVII, siendo de destacar una mayólica con borde "en castañuela" y cenefa chinesca en la tradición tipológica llamada Morisca.

Cuadrícula B-1

En la zona cercana al Polvorín era evidente en superficie un grupo de ladrillos unidos con cal que había quedado en descubierto por la erosión. Se trataba de lo que luego se interpretó como la base o pedestal de un jarrón o escultura y cuyos ladrillos, comunes y de máquina, permiten fecharlo hacia 1880-1900. Medía 83 por 31 cm y 47 de alto, y los ladrillos comunes medían 31 x 15 x 4 cm y estaba todo revocado en forma irregular indicando que se trataba del cimientto del pedestal.

En el ángulo noreste de la cuadrícula se encontró en su sitio una cañería de cerámica sin vitrificar de 21 cm de diámetro, la cual continuaba en la cuadrícula B2 cercana. El material conexo era de finales del siglo XIX y este caño perturbó hasta el nivel de la arcilla estéril no encontrándose estratigrafía alguna. Es posible que ésta última sea anterior en pocos años al pedestal, pero todo fue a su vez roto al hacerse el camino asfaltado actual que pasa a pocos centímetros, oportunidad en la cual se retiraron ladrillos y se quebró la cañería. Asumimos en forma tentativa una cronología que no oscila más que entre 1870 y 1890 para todo el conjunto.

Cuadrícula B-2

En los planos de época de Buenos Aires figura en ese sitio un Polvorín en el borde de la barranca: se trataba de uno de los varios depósitos de pólvora y armas del ejército español, que a su vez servía de mirador para la vigilancia de la ciudad. Fue destruido antes de 1830. La excavación de esta cuadrícula estuvo definida por la presencia en superficie de fragmentos de ladrillos antiguos, muy rotos, pero sin duda coloniales, a lo largo del camino asfaltado. Por desgracia un árbol de grandes dimensiones creció exactamente encima lo cual movió los po-

cos ladrillos que aun estaban en su lugar, el resto fue retirado para el camino. Primero se trazó una trinchera de 3,20 metros de largo por 1 de ancho y luego se fueron siguiendo entre las raíces los restos de ladrillos, limpiándolos en su lugar. En total se pudo calcular que el muro debió tener por lo menos 18,90 metros de largo. El cimiento fue construido con cinco hiladas de ladrillos enteros y su extremo norte fue roto para pasar el caño de cerámica que hemos descrito en la cuadrícula anterior. Los mampuestos eran de 40 cm de largo y 7 de espesor, pero su ancho no pudo ser medido por lo fragmentario del conjunto. El material recobrado es de los siglos XIX y XX, pero, junto a los ladrillos, hubo algunos fragmentos del siglo XVIII tardío, incluyendo un vaso fino del tipo de ondas con pintura en superficie de tres colores, soplado con la marca del puntero en la base. Se trata del vaso colonial mas interesante excavado hasta ahora en la ciudad.

Cuadrícula B-3

Colocada sobre el borde superior de la barranca y de un metro de lado, fue excavada hasta 1 metro de profundidad, hallándose en ese sitio la arcilla estéril a 32 cm. Esto mostró que no hubo una ocupación intensa en el sitio, lo que se reconfirma con el hecho de que los escombros del Polvorín estan colocados casi encima de la tierra estéril, con poquísimas evidencias de una ocupación anterior. La estratigrafía por encima de eso es confusa y muestra material de por lo menos tres siglos mezclados. En los primeros centímetros se encontró junto a plástico y nylon un fragmento de jarra de aceite española, lo que se repite mas abajo, donde a 20 cm de se halló otra similar pero con el vidriado marino de color blanco junto con Verde sobre Amarillo de Pasta Blanca típico en el siglo XVIII y todo ello por encima de un vidrio de automovil, macetas y plásticos. Y si bien en los niveles más bajos hubo objetos del siglo XIX y dos fragmentos de Mayólica Morisca del siglo XVII una y del XVIII otra, no dejó de haber material moderno hasta la capa de ladrillos del Polvorin.

En resumen, podemos suponer que los materiales antiguos provienen del periodo reciente de uso del Polvorín, y fueron en parte depositados durante su existencia y otros arrojados con la tierra, cuando fue destruido para hacer el camino. La erosión y el uso habitual compactó la tierra arrojada mez-

clando todo en lo que se puede ver hoy: esto conformó los dos grandes estratos de los perfiles de la excavación.

Cuadrícula B-4

De un metro de lado, se la ubicó en el medio de la barranca. Se la excavó en capas artificiales de 4 cm cada una, encontrándose la arcilla estéril a 30 cm. Bajo la capa de humus se encontró un nivel de tierra limpia muy oscura con restos de ladrillos; este nivel estaba en parte destruido por un hormiguero que había perforado el sector en su mayor parte hasta la arcilla misma. Todo lo encontrado es moderno, es decir de finales del siglo pasado a la actualidad.

Cuadrícula B-5

Excavada en la base misma de la barranca mostró que la capa estéril del piso Bonaerense está aquí a sólo 20 cm, es decir que por lo menos allí no hay rellenos artificiales. El nivel superior, que estaba formado por el humus de la plaza, mostró objetos recientes provenientes de demoliciones -mosaicos, caños, baldosas y ladrillo- y un único fragmento de vidrio negro de botella de ginebra del siglo pasado. El nivel inferior era un conjunto de ladrillos rotos que atravesaba la capa estéril hasta unos 45 cm en que ya no había signo alguno de ocupación; los ladrillos eran de manufactura moderna y bastante reciente.

Cuadrícula B-6

De 1,50 m de lado, está ubicada en el punto mas alto de la barranca hacia Paseo Colón en el lugar donde hay mejores vistas hacia el bajo. En rasgos generales los resultados de esta excavacion son similares a los ya descritos, con la excepción de un nivel ubicado a 35 cm compuesto por huesos calcinados, carbón, loza y vidrio muy fragmentados. A los 50 cm se encontró la capa estéril de arcilla. Todo el conjunto era posterior a 1850 y las lozas tienden a concentrarse hacia 1920; en los 19 fragmentos hay de los tipos Impreso, Borde Decorado y blanco común incluyendo Blanco Modelado. Esta cuadrícula

la mostró perturbaciones fuertes, primero por un caño eléctrico y luego por el entierro reciente de un perro en una bolsa plástica que destruyó gran parte del sector.

Cuadrícula B-7

Ubicada sobre la barranca misma del lado este, apenas iniciada su excavación se encontró una construcción de ladrillo, lo que obligó a ampliar sus dimensiones originales para comprender el tipo de obra a que correspondía. Se trataba de un cimiento rectangular, parte de un mirador o plataforma hecho, a mediados del siglo pasado que quizás fuera parte de la jardinería realizada por Horne o incluso por Lezama. Aun quedaban 4 hiladas de ladrillos superpuestos que limpiamos en un largo de 2,85 metros aunque observando que, por lo menos hacia el sur, continuaba un metro más; los mampuestos midieron 33 x 15 x 3,5 y están unidos con cal: el poco material recuperado está fechado para la segunda mitad de siglo XIX.

Cuadrícula V

Se la excavó en el sector central-sur de la parte alta del parque; de 4 metros de lado, se la subdividió a su vez en 4 cuadrículas menores. En este caso el objetivo no era sólo identificar materiales antiguos sino analizar con mayor detenimiento el proceso de transformación del parque y su uso cotidiano, es decir corroborar la información histórico-documental con la arqueología para periodos recientes. Para ello se llevó a cabo una microestratigrafía estudiando en detalle el patrón de distribución del material en las superficies, en especial teniendo cuidado con los objetos mas modernos. Si bien la descripción de los resultados rebasa el objetivo de este informe, es posible mostrar que se comprobó un uso intenso del espacio público, y que ese sitio estuvo sometido a constantes transformaciones en periodos cortos de tiempo. Por ejemplo, un piso bajo el actual que estuvo expuesto y transitado hace no mucho tiempo. Y si bien hay básicamente 3 niveles importantes por sobre la formación limo-arcillosa de base, cada estrato fue modificado por erosión, cañerías, raíces y hormigueros. En el lugar no hubo construcciones pero el escombro de las demoliciones cercanas se halla presente en cada nivel y atraviesan-

do uno y otro. El material recuperado presenta un patrón aun más confuso a tal grado que es imposible encontrar ninguna lógica mas que la de la perturbación sistemática.

Se halló el único fragmento de cerámica indígena de todo el parque, cerámica española de los tipos Morisco y Sevilla, objetos del siglo XIX en buen número y del siglo XX temprano, pero todo incluido entre nylon, vidrio de automóvil, plástico, aluminio y objetos actuales diversos. Se encontraron las siguientes cantidades de fragmentos de loza: 12 de Creamware, 24 de Pearlware y 76 Whiteware, lo cual como conjunto es significativo. Los porcentajes son proporcionales entre sí, ya que la presencia del siglo XVIII es baja, sube al doble para los inicios del siglo XIX y llega a triplicarse nuevamente para la segunda mitad del siglo pasado y parte del presente.

Excavación de la Casa Barriles

Las cuadrículas A5 y A7 mostraron la existencia de los restos de una vivienda, de tal forma que quedaron luego incluidas en una excavación mayor, de 26 metros cuadrados. Se trata de la casa que en el *Catastro Beare* de 1861 figura como propiedad de Magdalena Barriles, de allí su nombre. La investigación histórica indicó la existencia de ésta y otras casas construidas a lo largo de las calles Defensa y Brasil, cuyos cimientos y pisos aun deben permanecer bajo el parque. Se halla ubicada sobre Brasil, encimada a la línea municipal y al murete que separa la vereda y el pasto; fue aprovechado para que con su desnivel sirviera de muro de contención. La existencia de estas casas bajo tierra y el buen estado en que se encuentran significan un importante potencial arqueológico en la ciudad. El descubrimiento de que esta casa había sido demolida sin destruir sus pisos le daba un doble interés, además de la información a obtener de la construcción misma era posible suponer que sus pisos habían sellado restos mas antiguos y que éstos debían estar intocados desde la mitad del siglo pasado. Esto era importante para la posible identificación de una ocupación del siglo XVI temprano.

En una descripción rápida, la vivienda estaba compuesta por un patio central y diversas habitaciones que se abrían hacia ese espacio central; según el *Catastro Beare* la casa tenía

una entrada o pasillo que se repetía del otro lado de la casa, en una tipología poco habitual en la ciudad. Sus dimensiones eran de unos 11 por 15 metros; la casa tuvo cimientos hechos hasta la capa arcillosa que conforma el subsuelo del parque y la diferencia de nivel con la calle actual muestra el proceso de modificación que el parque ha venido sufriendo. Bajo el piso de la casa el nivel estéril se halla a 40 cm.

Los muros excavados mostraron una pared exterior, no medianera ya que tenía molduras hechas en cemento, la posible ubicación de la fachada -ahora destruida para el murete del parque-, y una pared interior cortada por otra perpendicular. Se halló la entrada de un albañal de mamposteía y baldosas francesas que servía para llevar agua a un pozo. Por lo observado, el pozo al que llevaban 7 metros de albañal estaba ubicado justo en el centro del patio. Todo el interior, con la excepción del patio, tenía piso de baldosas rojas, el que fue levantado antes de la demolición dejando a la vista el contrapiso de cal y algunos fragmentos rotos de las baldosas. La cimentación era de ladrillos unidos con cal con 6 hiladas hasta llegar a la base formando zapatas simples. La obra fue hecha en una sola operación ya que los encastres de los ladrillos muestran un trabajo cuidadoso y sin interrupciones. Las juntas y los contrapisos son de cal pobre pero de calidad en sus componentes. El albañal estaba en perfecto estado y conducía al pozo que no pudimos investigar debido a la imposibilidad de excavar bajo una enorme palmera centenaria.

Según la *Memoria presentada al Honorable Concejo Deliberante* de 1898 sabemos que para esa fecha "se ha terminado la demolición de los antiguos edificios que se levantaban próximos a la esquina de Defensa y Brasil y se ha iniciado la transformación de la parte norte del parque",⁹⁷ colocando la reja que cerraba todo el terreno. Este fue el final de ese edificio que, sin duda, no era tan viejo como dice la nota, ya que difícilmente pasaba de tener 40 años de vida. Al ser demolido, previo retiro de todo lo aprovechado, incluso baldosas, sus restos sirvieron a los que hacían el parque para levantar el nivel del piso de la plaza en ese sector. Puede verse en los planos como el escombro encontrado en el lado este estaba perfectamente bien colocado formando hileras y sin tocar los muros: pudo aprovecharse también para colocar andamios o para subir a los muros. La fachada fue demolida hasta sus cimientos para colocar allí la reja y por ello el piso continúa sin interrupción hasta el murete actual.

La estratigrafía sobre los restos de la casa muestra el proceso posdemolición y ofrece estratos ricos en materiales. De allí deducimos que primero se demolió todo lo que estuviera hasta un metro por encima del nivel de la arcilla dejando lo demás sin tocar, luego se encuentra el escombros arrojado por la obra, consistente en ladrillos, cal, baldosas, tierra y hasta bloques de mampostería enteros con sus revoques y molduras decorativas. Luego de haber apisonado todo ello se fueron colocando hasta 7 capas de tierra provenientes de diferentes lugares con colores, texturas y contenidos distintos aunque con materiales contemporáneos entre sí. El último nivel fue de humus limpio y es aquel sobre el cual aun crece el pasto. La continuidad de los estratos hacia el murete de la vereda muestra que la reja debió estar ubicada un poco más adelante, quizá más cerca de la calle, y que el sector fue modificado tras demoler el enrejado en la década de 1930.

Si bien más adelante se enumeran los objetos descubiertos, cabe señalar que en los rellenos superiores a la casa misma se hallaron cerámicas coloniales y un tubo de pipa de caolín posiblemente de finales del siglo XVIII. Únicamente hay dos fragmentos de cerámica roja rústica que pueden atribuirse al siglo XVI, dentro de lo que la bibliografía denomina Cerámica Roja de Vidriado Verde, aunque por cierto por su pasta están más emparentados con el tipo bien conocido de El Morro, lo cual modifica su fechado pudiendo ser mucho más tardío. En este aspecto el poco conocimiento que aun hay sobre esas cerámicas en nuestro país hace difícil su adscripción definitiva.

Para estudiar los rellenos más antiguos se comenzó una excavación en el piso mismo de la casa, trazando sobre su piso una pequeña cuadrícula de 1 por 0,50 metros hasta llegar a la arcilla estéril a 40 cm de profundidades. Se halló un fragmento de ladrillo más antiguo, quizá reusado, y 4 cerámicas: 3 lozas Pearlware (2 Bordes Decorados, 1 Pintada a Mano) lo cual supone fechadas entre 1790 y 1840 para su manufactura; también se halló un extraño fragmento de cerámica sin vidriar, color marrón oscuro, pasta fina bien cocida, con decoración en superficie mediante profundas incisiones hechas por presión de un instrumento alargado y de bordes cortante, quizá metálico. No hay nada con que compararlo a la fecha pero, en principio, puede entenderse como una cerámica de tradición indígena, aunque no es posible ir más lejos aún. Este conjunto lo completa una moneda de cobre de un centavo de 1854 es po-

sible que por el sitio en que fue hallada esa moneda sea contemporáneo a la obra misma, ya que debe haber quedado al construirse el contrapiso.

Materiales de construcción

1. *Baldosas*: se hallaron innumerables fragmentos, aproximadamente unos 2000, de los cuales se seleccionó un muestrario representativo. Esta compuesto por baldosas rústicas delgadas de 20 cm de la do por 1,5 a 1,6 de espesor; por baldosas rústicas gruesas con o sin estrías, de 2 cm de espesor y sin marcas, y por baldosas finas con estrías en la base, francesas, aunque sin marcas y en menor cantidad. Es de suponer que la inmensa mayoría son nacionales y su calidad y forma las ubican en los inicios de la segunda mitad del siglo pasado.

2. *Caños vitrificados*: de los 18 fragmentos hay 12 de gres claro con vidriado oscuro y manchado provenientes todos de un caño de 13,5 cm de diámetro. Otros dos son del mismo material aunque más amarillentos y uno sin cubierta interior, lo que es poco habitual. Los cuatro restantes son de pasta roja, y de ellos dos son parte de un encastre unido con cal con un diámetro exterior de 9 cm. En principio los de gres son de procedencia inglesa y los de cerámica roja son nacionales. Es indudable que no son parte de la etapa inicial de construcción de la casa misma ya que para la época de su inicio no había este tipo de caños en el país.

3. *Revoques*: se hallaron cientos de fragmentos provenientes de las paredes demolidas: todos eran de cal y cubiertos a su vez por varias capas de pintura hecha con ese mismo material aunque también hubo pinturas al aceite. Por lo general se desintegran al tacto o al secarse la humedad de la cal, pese a lo cual se logró conservar casi 50 muestras con pinturas alternadas de color rojo, blanco, azul y celeste. Hubo también casos de estampados con rodillos calados, técnica habitual en el siglo pasado.

4. *Molduras*: provenientes de la decoración interior de las paredes hubo varias molduras de yeso de las cuales se conser-

vó todo lo reconocible; 14 de ellas muestran ornamentos en bajo relieve con rectas o curvas, entrelaces y hojas con restos de pintura siempre blanca y hasta en 6 capas superpuestas.

5. *Otros materiales*: se hallaron fragmentos de alquitrán de impermeabilización de paredes, mosaicos de piso hechos de cemento, un azulejo Pas de Calais, una hoja de pizarra, dos tejas de tipo francesa provenientes de Marsella y 5 tejas tipo españolas comunes.

Objetos de la vida cotidiana

1. *Lozas*: la mas abundante ha sido la tipo Whiteware, hay sólo 3 fragmentos de Pearlware y ninguno Creamware, lo que indica una fecha posterior a 1840, que coincide con la asumida para la construcción (la de 1850), siendo todo lo descubierto debajo del piso, precisamente, Pearlware. Tipológicamente la clasificación mostró que los 63 fragmentos blancos sin decoración son: 14 platos que midieron 21, 23 y 31 cm de diámetro, dos de ellos de borde ondulado y los demás de borde clásico. Hay 4 fragmentos de bols altos y 8 de compoteras o soperas. La loza decorada incluye 45 fragmentos, 6 de tipo Impreso en azul, 2 marrones, 2 violetas y 1 azul desleído; hay 10 Anulares, 1 Floreal pintado a mano, 5 de Borde Decorado, 1 Chinesco y 7 Estampados.

2. *Cerámicas*: se encontraron 2 fragmentos del cuerpo de dos botijas de aceite español.

3. *Mayólicas*: del tipo Bacín en azul sobre blanco, 1 fragmento de Azul sobre Blanco policromo, otra similar de pasta Morisca blanca y una tercera con pintura azul, aparecieron 33 macetas rojas y 7 de pasta roja con vidriados diversos, tanto amarillento como verdosos o amarronados. Todos tienen una adscripción cronológica entre el final del siglo XVII y el fin del siglo XVIII, habiendo llegado con los rellenos para cubrir los restos de la casa.

4. *Porcelana*: en total hubo 14 fragmentos, de los cuales son 8 de tipo fino blanco sin decoración, otro similar con una línea roja anular, 2 de pasta gruesa blanca y 2 provenientes de fruteras chicas ornamentadas en relieve con hojas y frutas sin pintura.

5. *Gres cerámico*: se recuperaron 8 objetos, 6 de ellos provenientes de botellas de cerveza del Tipo 2^a uno con las letras ..IVAR, lo que indica haber sido de la fábrica de Juan Buhler en Bolívar 320. Otros dos son de ginebra holandesa con sus colores marrones típicos.

6. *Hierro y otros metales*: se hallan 101 objetos de metal, en su mayoría hierro. Es posible enumerar sucintamente 9 alambres, 4 eslabones de cadenas, 4 herraduras (la mayor de 18 cm de alto), un tirafondo, una cabeza de remache, 15 clavos de perfil circular, 9 de perfil cuadrado, una llave, 2 escarpas (una cortada y otra forjada), 2 tornillos de madera industriales, 6 bulones diversos con y sin tuerca, 9 fragmentos de sunchos de barril, una cabeza de plomo para chapa de zinc, 4 hebillas incluida una completa, un abrelatas, una falleba, un formón, una pomela de puerta, una arandela, 2 remates de lanzas de rejas y 19 fragmentos no identificados. También hubo un mango de cubierto de estaño, 3 fragmentos de plomo, 2 de hojalata, un ojal de cobre y una lámina de acero.

Todo esto representa bien a todo el siglo XIX tanto en su primera como en su última parte.

7. *Vidrios*: se encontraron tanto vidrios planos como de frascos y botellas. Los primeros son 16 de ventana entre 1,5 y 3,5 mm lo que ubica la muestra dentro de los parámetros conocidos para todo el siglo XIX, en que la tecnología logró reducir los espesores en forma abrupta. Hubo 8 fragmentos de tulipas de quinqués color blanco y 3 color celeste. Se encontraron 10 vidrios de botellas de cerveza color marrón. Los frascos de perfumería y farmacia transparentes mostraron tanto manufactura de molde como de soplado con puntero, también hubo 3 vasos de base de molde y ondas (uno casi completo), también una copa de 6,5 cm de base de la variedad de pedestal de factura irregular aunque de molde.

De vidrio de color verde (del verde medio al oscuro) se encontraron 99 fragmentos: de ellos 14 pertenecían a botellas de ginebra de base cuadrada y paredes rectas, 5 eran bases y por lo menos una era soplada, otra presentaba la inscripción ...LINES.../SCHIER (?)N¿?... Hubo 60 fragmentos de botellas verdes comunes de vino, 24 bases y 9 picos. Una de ellas tenía la letra en relieve K y otra PORTOBELLO·WOOD. Los diámetros oscilan entre 6,8 y 8,4 cm. Un botellón mostró una base de 15 cm. Los 9 picos son todos de botellas de molde o so-

pladas pero terminados con tijera formadora manual. Uno de ellos tiene la cubierta de plomo sobre el corcho con la inscripción CALVET & Cie/BUENOS AIRES. Otras variantes son un pedazo de sifón de color azul, una base amarillenta con la inscripción RIO DE LA PLATA... de 7,3 cm y otra base marrón de molde de 12 cm. de diámetro.

Excavaciones en el Museo Histórico Nacional

Poco antes de comenzar las excavaciones en el parque fuimos informados por la Comisión Nacional de Museos, Monumentos y Lugares Históricos de un hundimiento en el interior del Museo Histórico Nacional allí ubicado. Debido a la necesidad de rellenarlo se propuso estudiarlo con detenimiento antes de proceder a su destrucción. Al observarlo se hizo evidente que era parte de un sistema complejo, en cierto grado distinto de los aljibes que habíamos estudiado en la ciudad hasta la fecha, ya que quedaban a la vista dos pozos unidos entre sí uno recubierto de ladrillos y el otro no, al cual convergían dos albañales y se conectaba con arcos y bóvedas diversas. La operación consistió primero en abrir el lugar, retirar la basura que se había arrojado en el interior tras el derrumbe y luego excavar con cuidado en ambos pozos y liberar las estructuras conexas. La profundidad máxima que se pudo alcanzar sin riesgos fue de 4 metros, momento en el cual fue necesario suspender la tarea, ya que la sección superior amenazaba colapsar, hundiendo así el resto del piso del salón.

La construcción estudiada está compuesta por tres partes y sus anexos: dos pozos verticales, uno solo recubierto por mampostería, la bóveda superior que cubría todo ello, una bovedilla bajo un arco de cemento y dos albañales. Por encima de todo esto pasan dos caños de hierro modernos de calefacción - que fue la que produjo el hundimiento-, y a un metro corren los caños de desagüe colocados hacia 1900/1910 cuyas pérdidas movieron la tierra suelta que quedó tras colocarse los caños de hierro.

El pozo de ladrillos es posiblemente el más antiguo; debió de ser un *pozo de balde* de un aljibe, es decir un pozo para extraer agua de la primera napa mediante un balde, una roldana y habitualmente un brocal. Su perímetro está sólo parcial-

mente recubierto de ladrillo ya que éste fue siendo adaptado a la arcilla más consistente y compacta, en una obra de mérito que revela una amplia experiencia. El diámetro es de 1,50 metros. Aun se conservan los agujeros que los poceros usaban para subir y bajar en la construcción. La albañilería se encuentra dentro de lo tradicional en el último tercio del siglo pasado. En algún momento cambió de uso y pasó a ser parte de una cisterna o depósito de agua proveniente de techos y patios; para ello se excavó el pozo cercano, más irregular y sin recubrimiento, al que se hizo desaguar dos albañales de ladrillos y baldosas cerámicas. Se unió ambos con una bóveda de ladrillo en la parte superior, la que debió tener un agujero para sacar agua, también se hizo un murete de unión entre ambos lo suficientemente bajo como para que el agua pudiera pasar de un pozo al otro por simple rebalse, por encima se hicieron los pisos de ese momento. Hacia fin de siglo pasado o inicios del presente todo fue rellenado con tierra limpia y ladrillos, se hizo un nuevo piso y se canceló el sistema.

Los dos albañales citados están hechos con ladrillos unidos con cal y el piso es de baldosas francesas de las variedades provenientes de Havre; las dos marcas presentes son Gerault y Gagu, y Leon Duplessy. Lo interesante es que no fueron hechos simultáneamente, ya que la intersección de uno y otro es tan burda y mal hecha que el agua de uno lavó la base del otro, produciendo el lento deterioro del costado del pozo y abriendo un enorme boquete que, a simple vista, hizo sospechar sobre la existencia de un túnel. De haberse seguido usando este albañal, todo hubiera colapsado mucho antes. En realidad el derrumbe se produjo porque al colocarse los caños de hierro se rompió la bóveda de ladrillos (3,7 x 14 x 30 cm); tras esto, las pérdidas del caño del desagüe cercano fueron lavando el relleno y produjeron un asentamiento lento pero imparable.

Desde el punto de vista cronológico es posible suponer que el pozo de ladrillo es más antiguo, y que debe de corresponder a la obra de Lezama; el edificio fue construido en 1861. Si bien en informes preliminares lo supusimos anterior, creemos que no es así por el tamaño mismo de los ladrillos; la ampliación al nuevo pozo debió de ser hecha cerca del fin de siglo cuando fue adaptado el edificio al Museo Histórico, en 1889.

Al terminarse la excavación de su relleno, los pozos fueron cubiertos por telas plásticas especiales que permiten el paso de aire y agua, y el relleno se hizo a medida que se retiraban

los soportes que se tuvieron que colocar para seguridad; todo esto permitiría una reapertura futura del conjunto para dejarlo a la vista.

El contenido de los pozos era poco y estaba compuesto por tierra y fragmentos de ladrillos en su mayoría. El resto de los objetos es el siguiente:

Materiales de construcción: se hallaron 2 fragmentos de mármol blanco pulido en una cara de 2,2 y 2,4 cm de espesor, 5 mosaicos comunes nacionales, 3 fragmentos de caños sin vitrificar para agua de 24 cm de diámetro, 16 azulejos blancos europeos ca. 1920, 8 fragmentos de revoques sin pintura, 23 baldosas o partes de ellas, gruesas y con bastones en la base y delgadas finas nacionales y 2 de Havre y 3 de Marsella. *Objetos de la vida cotidiana:* un fragmento de gres de tintero inglés, parte de una maceta común, 7 vidrios entre ellos 2 de botella de vino color verde-negro, 4 planos de ventana, 3 de frascos de medicinas, 6 huesos de vaca, 4 hojuelas de lata conserva, 1 clavo de perfil circular, un eslabón de cadena de hierro y 2 de cobre doblado, una chapa ovalada de acero, un caño eléctrico de 13 cm de largo. Las cerámicas son: 3 porcelanas blancas una pintada a mano en forma anular color azul y 13 lozas. Estas son 2 blancas, 2 pintadas a mano (floreales), 3 impresas, 1 moldeada, 1 anular, 2 impresas en azul desleído y dos no identificables.

Ninguno de estos objetos puede remontarse más allá de 1800, siendo sólo los caños de cerámica y alguna loza impresa lo único de la primera mitad del siglo pasado; como contexto todo puede ser fechado para 1890-1900. Los azulejos blancos modernos junto con el caño eléctrico estaban en el nivel superior, casi en superficie y junto con los ladrillos del derrumbe de la bóveda rota por los caños de calefacción y no cabe duda de que entraron con el derrumbe reciente de la bóveda. Esto concide con el fechamiento propuesto anteriormente, que permite encontrar una buena correlación entre las fechas histórico-documentales, arqueológicas y constructivas.

Algunas conclusiones sobre la primera Buenos Aires en parque Lezama

Si bien la ubicación de la aldea de Pedro de Mendoza era el objetivo primario, ya que cualquier otro estudio debía establecerse a posteriori de comprobar su existencia, el trabajo realizado ha demostrado que no hay casi ninguna posibilidad de que esta haya sido la localización de la primera Buenos Aires. Más adelante detallaremos el porqué de esta conclusión, lo que, por supuesto, no implica que ésta no haya estado en las cercanías. Lo único que podemos decir es que la excavación no mostró su existencia en los lugares en que hemos excavado, y, por extensión, probabilística, en la superficie actual del parque, incluidas las barrancas y su parte inmediata inferior.

La cuestión puede plantearse arqueológicamente de la siguiente manera: un asentamiento de indicios del siglo XVI con más de mil personas viviendo en forma más o menos estable, o rotando con la vida en los barcos, en donde se cultivó la tierra aunque más no sea a los últimos años, en el que hubo por lo menos una casa de cierta categoría, un murete perimetral, varios cientos de cadáveres -enterrados o no-, una o más iglesias hechas contablas de nave, barro o ramas, y al incendio producido al ser abandonado por órdenes de Alonso de Cabrera, tiene que dejar un conjunto material significativo posible de ser identificado. Más aun que Garay llegó pobló la ciudad en otra parte, 40 años mas tarde y la zona estuvo despojada por mas de un siglo.

Por otra parte, es posible establecer por anticipado cuál es el complejo cerámico que debe ser hallado en un sitio de esa naturaleza y fechamiento. Este debe estar compuesto por tipos existentes en la época y similares a otros sitios ya excavados fechados para esos años. Básicamente la Mayólica debe estar representada masivamente por el Morisco tipo Columbia Liso y acompañada por el Isabela Policromo y el Yayal Azul sobre Blanco. La cerámica roja vidriada debe tener Lebrillo Verde y Melado; posiblementne los tipos italianizantes como el Caparra Azul y el Liguria Azul sobre Azul y las dos variantes del Sevilla. Todo esto en función de los tipos ya conocidos para el siglo XVI en el continente y en esta misma ciudad. En principio este contexto no existe en el parque y unicamente hay un ejemplo de Lebrillo Verde y hay que tener en cuenta que esa

cerámica se extendió en su uso hasta 1600. Es decir que, por lo menos desde el punto de vista ceramológico, en cuanto a lo proveniente de España, no existen datos que confirmen la hipótesis. De más está decir que debería hallarse además un número considerable de cerámicas indígenas.

Las cerámicas descubiertas anteriores al siglo XIX, sin incluir las lozas Creamware son las siguientes, clasificadas por sus tipos:

Tipo de cerámica	cantidad	total	%
Indígena		2	3,2
Mestiza		1	1,6
Monocroma Roja	1		
Mayólicas		32	51,5
Bacín	8		
Santo Domingo	5		
Yayal	4		
Columbia Blanco	2		
Sevilla Blanco	1		
Talavera	5		
Policromo	4		
Azulejo policromo	1		
Macetero azul/blanco	2		
Rústicas		27	43,6
Tinaja	1		
El Morro	2		
Aceite	11		
Verde/amar. pasta blan.	2		
Lebrillo Verde	1		
No identif.	10		

Ya citamos que hubo dos ejemplos de cerámica indígena, lo cual es muy reducido para lo que frecuentemente se excava en Buenos Aires. Y si bien esta cerámica llegó en uso hasta finales del siglo XVIII es difícil asumir un fechamiento exacto por haber sido halladas fuera de contexto, una con material del siglo XIX temprano - la incisa-, y otra con material de los siglos XVIII y XIX más objetos modernos entre ellos. También debe notarse que hay muchas cerámicas rústicas vidriadas que no pueden clasificarse dado que el avance en este tema en nuestro país, y en general en América latina, es mínimo y sólo se reduce a los tipos del siglo XVI, habiéndose dejado lo más tardío de lado. Debe destacarse también la mínima can-

tividad de tipos mestizos tan comunes para los siglos XVII y XVIII porteños.

El otro tipo de material que podía ser útil es el grupo de pipas de caolín, que pueden ser fechadas con bastante exactitud. Se hallaron 15 de ellas en todo tipo de contexto y en principio todas pueden ser fechadas para los siglos XVIII y XIX. El estudio hecho por Peter Davey de estas pipas así lo indica incluso precisando más para cada pipa, destacándose el grupo VG que ha servido para un interesante avance en la materia.⁹⁸

La estratigrafía demostró la inexistencia de un estrato que, con independencia de los materiales, pudiera ser atribuido a un poblamiento temprano; es decir no hubo una concentración de huesos, lípidos y tierra apisonada y luego quemada, no hubo restos de construcciones transitorias ni de muros de cualquier tipo que no sean de ladrillos. No hubo huesos humanos ni perturbaciones de la arcilla original que no tengan una explicación moderna. No hubo una capa que mostrara evidencias de haber estado expuesta a la intemperie con evidencias de cultivo ni de uso similar. Menos aun un contexto de objetos de Época, es decir por lo menos y por nuestras experiencias en San Telmo, que esté compuesto por: monedas, alfileres, botones, hebillas, armas, cuchillos, cerámicas varias, vidrios en especial de botellas, clavos de perfil cuadrado forjados, y otros tantos objetos tal como la lectura documental muestra que estaba compuesto el amplio surtido de objetos que los conquistadores tenían consigo.

Por supuesto que debe tomarse en consideración la extrema destrucción del suelo y subsuelo del parque, y ya citamos como ha sido habitual encontrar evidencias de excavaciones de magnitud, estratos invertidos, cañerías de todo tipo y dimensión e incluso restos de viviendas enteras. Asimismo, gran parte del parque no puede ser excavada por tener encima el Museo, caminos asfaltados, bancos, monumentos, árboles, canteros, etc. De todas formas, de haber estado allí, la destrucción de su contexto no debió implicar necesariamente la desaparición de los artefactos que allí existieron los que deben ser encontrados en otros contextos o en superficie por erosión.

Todo eso nos permite concluir que:

1) es notable la poca profundidad de las capas de ocupación humana sobre el nivel limo-arcilloso estéril, siendo de 60

cm. en los lugares con mayor profundidad y en las barrancas incluso de menos de 30 cm;

2) el parque está prácticamente destruido para un estudio estratigráfico; la falta de todo control en las obras de tendido de cañerías, en la construcción y demolición de edificios, el nivelamiento y la erosión han producido un daño irreparable;

3) por lo menos la erosión sigue haciendo estragos, en especial en los sectores donde falta completamente el pasto. Hay sectores que muestran la arcilla natural al descubierto lo que indica que se ha erosionado en este siglo hasta un metro del nivel inicial. Los sectores cubiertos en enero de 1989, en igual fecha de 1991 ya estaban nuevamente al descubierto;

4) la hipótesis sobre la primera Buenos Aires implicaba la presencia de un estrato físicamente comprobable y de un contexto de artefactos; ninguno de ambos fue identificado;

5) no hay evidencias de ningún tipo de ocupación permanente anterior al siglo XVIII inicial, por lo menos en los sectores excavados;

6) el análisis de los objetos en sí mismos han mostrado sólo la *posible* presencia del siglo XVI, mientras que el siglo XVII está representado poco, aumentando en intensidad a medida que avanza en el siglo XVIII;

7) el muestreo realizado no es total ni definitivo; podría ser útil excavar con mayor amplitud debajo de las casas y edificios destruidos en 1897 para hacer el parque, como la Casa Barriales. De todas formas, la prospección llevada a cabo es válida;

8) las hipótesis históricas sustentadas sobre bases geológicas, como las ya citadas de Nájera y de Gandía, deben ser revisadas a la luz de lo descubierto;

9) la hipótesis sostenida oficialmente hasta la fecha que indica la ubicación de la primera Buenos Aires en Parque Lezama debe ser desestimada; o en último caso ampliada a la zona sur de la ciudad sin especificar un sitio preciso, aunque no por ello deja de ser sólo una hipótesis aun sin demostrar.

Excavaciones en Defensa 1469

Como parte del proyecto que intentaba ubicar el primer asentamiento de Buenos Aires establecido en 1536-1541 se procedió a excavar en un terreno cercano al parque, pero fuera de

éste. Se eligió el ubicado en la calle Defensa 1469 por dos motivos: por una parte estaba más cerca de la cota de nivel mas alta de la ciudad, por la otra la demolición reciente del edificio allí existente mostraba que no habían intervenciones muy agresivas de obras modernas. Asimismo al pertenecer el terreno a ATE (Asociación Trabajadores del Estado) era más fácil lograr las autorizaciones correspondientes, que los propietarios particulares cercanos no quisieron otorgar. La ubicación geográfica era a su vez interesante, ya que existe la hipótesis sustentada por Marcelo Yrigoyen⁹⁹ desde hace algunos años, de que Mendoza se había instalado en la manzana delimitada por las calles Garay, Brasil, Perú y Bolívar. Esto estaba basado únicamente en el hecho de que ese lugar tenía la mayor altura de toda la zona, a la vez que se hallaba relativamente muy cerca de la plaza actual. Nuestra excavación esta ubicada a sólo 40 metros del lugar indicado por Yrigoyen, lo que implica que, de ser su hipótesis cierta, el lugar debía quedar dentro del asentamiento.

El terreno estudiado mide 65,15 por 8,05 metros sin contar los espesores de las medianeras, y en el fondo tiene un ancho de 16,15 metros. En la superficie, tras la demolición hecha con topadoras, no quedaba nada más que escombros acumulados sobre los muros medianeros, sobre el resto una capa de material de construcción apisonada y basura cubria el terreno. Se optó por hacer 5 pozos de sondeo tratando de cubrir todo el largo del terreno. Dos de ellos fueron luego ampliados al descubrirse cimientos y pisos, y en función de las marcas de muros en las medianeras se intentó que tres de ellos quedaran dentro de las casas preexistentes.

Por la información histórica el terreno estuvo vacío de construcciones hasta el siglo XIX temprano; o por lo menos no hay evidencias de arquitecturas de cierta calidad registradas. En alguna fecha cercana a 1850 se construyó una casa de dos patios, con el tradicional esquema de la casa chorizo porteña, la cual quedó ilustrada en el *Catastro Beare* de 1861. En el terreno lindero existía una casa idéntica por lo que es fácil comprender por qué el terreno actual ocupa el jardín trasero de la casa vecina; sea porque hayan sido de un mismo propietario o algún caso semejante. Desconocemos cuando se demolió esa casa pero debió ser cerca de 1900; esto coincide con los descubiertos en la excavación acerca de la existencia de dos casas y algunas modificaciones poco importantes a ésta última.

Cuadrícula 1

Estuvo formada por dos de ellas, de un metro de lado cada una. Se halló la intersección de dos cimientos formados por tres hiladas de ladrillos con una profundidad máxima de 30 cm. A esa altura ya estaba la arcilla esteril; se profundizó 50 cm más sin cambios. El material recuperado corresponde, al igual que los ladrillos, al siglo XX inicial o a los últimos años del siglo pasado como máximo.

Cuadrícula 2

Trazada de 1 metro de lado, se encontró parte del piso original de la vivienda más antigua hecho con pedacera de ladrillo colocado a sólo dos centímetros encima de la arcilla estéril. Sobre él existía una capa de 5 cm. de tierra negra y el estrato superior era sólo una gruesa capa de escombros producto de la demolición reciente. Es posible suponer que el piso de la casa pos-1900 haya sido levantado por las topadoras y luego apisonado al pasar éstas para nivelar el terreno, de allí que sólo se halló en buen estado el más antiguo.

Cuadrícula 3

También de un metro de lado, resultó estéril por haber sido el sector totalmente destruido durante la demolición, encontrándose únicamente escombros de ese evento. Se profundizó en la arcilla estéril hasta 40 cm.

Cuadrícula 4

Esta arrojó información de mayor interés que las anteriores: se halló nuevamente un cimiento de inicios de este siglo incluyendo la primera hilada de la pared. Esta se apoyaba en dos hiladas de ladrillos de cimentación con un piso bien conservado. Del lado sur, es decir en el interior de la casa, había mosaicos de 26 cm de lado, posiblemente de factura nacional, del lado opuesto de la pared debió existir un patio de tierra negra. Se pudo distinguir con claridad la zanja para construir el cimiento y cerca de ella, un pozo de 10 cm de diámetro con restos de madera de un poste clavado después de haberse cega-

do la zanja y que descendía hasta 75 cm. Todo el material descubierto es de los siglos XIX y XX. No hubo evidencias de la casa más antigua.

Cuadrícula 5

Formada por dos de ellas de 1 metro de lado cada una, fue el sitio donde mejor se observó la superposición de los pisos de las dos viviendas que hubo en el terreno. Estratigráficamente se halló un nivel de escombros y debajo de él se hallaba aun el piso de mosaicos de 26 cm. de lado colocado sobre un contrapiso de cal de 2 cm mezclado con polvo de ladrillo. Bajo éste se hallaba el piso de pedacería de ladrillo más antiguo, que no cubría todo el sector sino que se cortaba abruptamente en un sector formado por tierra negra y limpia.

Debajo del piso antiguo se hallaba la capa arcillosa estéril. El piso de pedacería estaba en muy mal estado, ya que el peso de la maquinaria lo pulverizó casi totalmente aunque manteniendo su forma y ubicación. Todo el material es posterior a los inicios del siglo XIX.

Materiales de construcción

Además de los ladrillos ya citados se halló un conjunto de 5 fragmentos de mármol blanco de 2,2 a 3,8 cm. de espesor pulidos en una de sus caras y de corte mecánico; una placa de granito negro, una teja española hecha a mano, un único ladrillo posiblemente de fines del siglo XVIII o inicios del XIX de calidad y textura diferente a los de las construcciones; 3 revocos de cal con pinturas a la cal blanca abajo y naranja arriba, uno de ellos tenía evidencias de haber sido revocado encima y pintado nuevamente tras la reparación; un mosaico europeo octogonal blanco de 6,3 cm de largo máximo; 17 fragmentos de azulejos Pas de Calais con pintura y 8 blancos; 7 azulejos europeos Art Nouveau de vidriado grueso, un revoco con pintura por rodillo sobre blanco de cal; 21 baldosas rojas, 7 de ellas son rústicas delgadas sin marca de 1,2 a 1,5 cm de espesor, una es rústica gruesa con bastones en la base y 11 son fragmentos de fábricas de Aubagne o Havre; hubo también dos baldosas finas con marca; 3 clavos redondos, 2 hie-

ros curvados para sostener cañerías y un clavo cuadrado forjado de 21 cm de largo.

Objetos de la vida cotidiana

Se encontraron 14 vidrios, uno de botella de base cuadrada de ginebra, 2 de botellas de vino color negro inglesas, 2 de color verde medio, un pico de frasco de medicina y 4 de botellas también medicinales, además de un cairel, un vaso con ondas y dos no identificados. Hubo varios objetos de hierro entre ellos un formón, también un único botón de vidrio de dos agujeros. Las lozas son las siguientes:

Pearlware	1
Whiteware blanca común	4
Impresa	7
Santitario	4
Porcelana	2
Cerámica	1

Es evidente que con un número tan reducido de material es imposible extraer porcentajes significativos, pero no por eso el cuadro anterior deja de mostrarnos lo siguiente: la cerámica citada es un fragmento de Bacín azul sobre blanco típicamente español, común en Buenos Aires hasta inicios del siglo XIX, aunque su existencia es antigua. Un solo Pearlware y 11 Whiteware indican que el contexto es sin duda de la segunda mitad del siglo XIX en adelante; si a esto le agregamos un único clavo forjado no cabe duda de que no sólo no hay evidencias de una ocupación del lugar con anterioridad a la construcción de la casa mas antigua. Incluso los pisos de la casa vieja están claramente colocados encima del nivel de la arcilla original, no habiéndose encontrado material mas antiguo en los solo dos centímetros que quedó entre uno y otro nivel.

Aunque sea como curiosidad debemos citar el hallazgo de un pedestal de monumento dedicado a Juan D. Perón , incluida una placa de mármol con inscripción dorada. Este pedestal fue cubierto con cal y luego enterrado en el piso del jardín de la última casa y en su cercanía se hallaron monedas de

1946 a 1952, inicando que el evento ocurrió posiblemente en 1955 con la Revolución Libertadora.

Es posible asumir que las baldosas rústicas gruesas, el clavo, los azulejos Pas de Calais, la cerámica y la loza Pearlware pertenecieron a la casa más antigua al igual que algunos vidrios negros, el resto es de la casa más moderna o incluso recientes. Y si bien las topadoras hicieron un trabajo destructivo serio es posible pensar que la reconstrucción histórica hecha sea muy factible de ser cierta.

Todo esto nos permite descartar la supuesta presencia de materiales del siglo XVI temprano, aunque sea en mínimas cantidades, a la vez que reafirmar la ocupación de la zona en el siglo XVIII, y constructivamente más tarde aun. Creemos que esta conclusión es un respuesta contundente en relación con la hipótesis que llevó a excavar en el sitio.

Estado actual del conocimiento de la primera Buenos Aires

Al parecer los últimos cuatro años de trabajo no han sido suficientes para encontrar el sitio exacto de la primera aldea construida por Pedro de Mendoza. Ya hemos descrito las contradicciones existentes en las hipótesis sobre el tema que han surgido de la investigación documental y ha quedado claro que, más allá de éstas, la búsqueda debe ser arqueológica para no seguir en un callejón sin salida. Pero todo trabajo de este tipo necesita constantemente el contraponer sus avances con sus hipótesis de trabajo, evaluarlas, y volver al campo a seguir trabajando. En este caso, el no haber hallado en Parque Lezama lo que supuestamente allí había nos obliga a reconsiderar la cuestión desde la luz que las otras excavaciones hechas en la zona nos arrojan.

A la fecha hemos excavado en diversos sitios de la zona centro-sur: la parte más al sur, es decir Lezama y en la calle Defensa 1469; en la zona central -los altos de San Telmo- excavamos dentro del ex-convento de la iglesia de San Telmo (más conocida como Cárcel de Mujeres) a pocos metros de la Plaza Dorrego; un poco más al norte se excavo en Defensa 751 y en Perú 680 (Imprenta Coni); acercándonos hacia el

centro se estudió un pozo en el Museo Etnográfico en Moreno 350, y en la plaza de Mayo se excavó el Cabildo. Es decir que actualmente es posible plantear un panorama del Buenos Aires antiguo con cierta seguridad, aunque lógicamente dentro de los márgenes que la prudencia indica.

La zona sur puede ya ser descartada y Lezama ha mostrado que no hay prácticamente ninguna evidencia de poblamiento en el siglo XVI, ni temprano ni tardío; tal como la historia indica toda esa zona fue realmente poblada y construida mucho más tarde y quizás sólo usada como terreno agrícola durante casi los dos primeros siglos. De allí hacia el norte sucede lo mismo y la zona de San Telmo a la altura de la iglesia muestra algo similar: una ocupación muy ligera del siglo XVII para comenzar con las construcciones en el siglo XVIII. Bajo la Capilla del Carmen, dentro de la ex-cárcel, la secuencia es clara y no hay restos más antiguos salvo un piso de ladrillo asociado a hierros fundidos que se ha explicado como parte de las obras de erección del convento jesuítico hacia 1710. Esto permitiría, en principio y sujeto a futuras consideraciones, descartar tanto Lezama como las alturas cercanas y los Altos de San Telmo como sitios de esa primera aldea.

Para la zona más central de la ciudad, es decir en los terrenos del Cabildo, la excavación reciente¹⁰⁰ ha mostrado algún material del siglo XVI, tal como el Lebrillo Verde y Columbia Blanco entre las cerámicas fácilmente reconocibles, pero no hubo un contexto bien identificado que pueda atribuirse a antes de la Segunda Fundación, y a ésta incluso se la ve aun difusamente. Mucho mejor está representado el siglo XVII y ni hablar del XVIII que ya incluye las obras del Cabildo mismo. Aun falta una temporada de excavación para comprender mejor ese sitio tan especial, pero no hay evidencias que alienten ninguna suposición sobre el tema de nuestro interés. El pozo descubierto casualmente en Moreno 350, de innegable importancia por ser del siglo XVII temprano, quizás un hallazgo único en la ciudad por su interés, no posee materiales más antiguos, o por lo menos los que hay están claramente asociados con otros más nuevos.¹⁰¹

Los dos sitios que han permitido encontrar cerámicas del siglo XVI en cantidades mayores son Perú 680¹⁰² y Defensa 751¹⁰³. Esto es en las márgenes del Tercero del Sur o Zanjón de Granados. En la calle Defensa se excavó alrededor del túnel que entuba ese antiguo arroyo estacional y se estudió el

material proveniente del relleno interno del túnel¹⁰⁴. En ambos hubo material del siglo XVI temprano habiendo prácticamente todos los tipos cerámicos que era posible esperar; pero posee dos inconvenientes insalvables: lo del interior del túnel es relleno cuya proveniencia es desconocida aunque posiblemente no muy lejana; lo del exterior ha sido interpretado como proveniente del lecho original del zanjón y arrojado a los lados al excavar para hacer el inmenso túnel enladrillado. Y debemos recordar que a ese Tercero o Zanjón iban a parar las basuras de la ciudad por orden del Cabildo, tal como ya lo hemos demostrado, por lo tanto tampoco sabemos su sitio de origen. No hubo afuera del túnel un estrato o contexto que pueda identificarse como de la primera aldea, o de haber existido está ya destruido o no fue posible observarlo. Al alejarse de las antiguas orillas del arroyo el material se hacía claramente más tardío y estaba estratigráficamente bien conservado, ya que fueron sectores no perturbados por las obras de entubamiento de 1865.

En Perú 680 hubo muy poco material de esa antigüedad, aunque en este caso la estratigrafía sí pudo ser bien observada; por suerte una casa de mitad del siglo XVIII había conservado en parte sus pisos de ladrillo debajo de otra de 1822, a la que cubría la Imprenta construida en 1885. Bajo el piso más antiguo, en un sector cuyo desnivel descendía hacia el Tercero en su brazo norte, hubo siglo XVI en especial tipos como el Columbia Blanco, Lebrillo Verde, Yayal e Isabela incluida alguna cerámica indígena, pero tras su estudio hemos tenido que aceptar que eran objetos utilizados en sus últimos años de existencia, es decir hacia el siglo XVII dada la presencia de tipos más tardíos. Nuevamente es imposible asumir que sea un contexto del siglo XVI temprano.

En resumen, para el estado actual del problema, la zona que más objetos de la época ha dado, y en donde las posibilidades son mayores, es en los alrededores del Tercero del Sur, es decir las calles Independencia, Chile, México en un sentido, y desde Balcarce hasta Perú por el otro. Esto, es necesario recalcar, no quiere decir que ese sea el sitio, sino la zona deben profundizarse las excavaciones para probar o descartar la hipótesis. Historiográficamente esto coincide con las investigaciones realizadas por Anibal Cardozo a inicios de este siglo, bien publicadas en su época, y que también es necesario revisar con mayor detenimiento.

La ciencia no avanza sólo con grandes descubrimientos, sino por el ejercicio diario de la prueba y el error, descartando y abriendo nuevas alternativas; la historia no es una ciencia cerrada que pueda dar explicaciones definitivas, sino a través del reconocimiento de lo que no sabemos. Quizá la primera aldea fundada por Pedro de Mendoza, desprovista de la exageración, la apologética, la difusa memoria de sus sobrevivientes, ya haya sido destruida por obras urbanas; o quizá lo está siendo en este mismo momento por la falta absoluta de planes de investigación previos a las obras destructivas. Y como muchos ya dijeron antes, quizás el no poder hallarla sea un justo precio a pagar por los habitantes de la ciudad por nuestra falta de memoria, de identidad y de respeto por nuestra propia historia, nuestro pasado y por nosotros mismos.

NOTAS Y BIBLIOGRAFIA

¹ No existe un informe publicado sobre ese trabajo, pero en cambio hubo varias notas periodísticas a lo largo de 1906; el material descubierto aun espera un estudio detallado.

² Félix Outes, *Los Querandíes*, edición del autor, Buenos Aires, 1897; F. de Olivera, "Datos arqueológicos", *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, vol. XVI, pp. 264-271, Buenos Aires, 1895; W. Reid, F.P. Moreno y E. Zeballos, "Una excursión orillando el río Matanzas", *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, vol. I, pp. 89-92, Buenos Aires, 1876. Félix Outes, *Notas para el estudio de la geografía histórica rioplatense: la Matanza y el río de los Querandíes*, Publicaciones de la Sección de Geografía, no. 1, Universidad de Buenos Aires, 1917.

³ Carlos Rusconi, "investigaciones arqueológicas al sur de Villa Lugano", *Anales de la Sociedad Argentina de Geografía GAEA*, vol. 3, no.1, pp. 75-118, Buenos Aires, 1928; "Alfarrería querandi de la Capital Federal y alrededores", *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, vol. 129, pp. 254-271, Buenos Aires, 1940; y "Acerca de los paraderos indígenas de Villa Riachuelo", *Revista del Museo de Historia Natural*, vol. IX, nos 3-4, pag. 99-113, Mendoza, 1956.

⁴ Carlos Rusconi, "Datos acerca del antiguo fuerte de Buenos Aires", *Revista del Museo de Historia Natural*, vol. XI, nos. 3/4, pp. 89-98, Mendoza, 1956.

Recordemos que en 1980 se descubrieron restos del muelle y la Alameda que luego fueron destruidos, y se hizo la excavación de la Aduana Nueva aunque sin control arqueológico; hubo un sólo trabajo serio importante por usar la arqueología como base para el proyecto de restauración luego no respetado: Marcelo Magadán, "Un caso de arqueología arquitectónica: la Aduana Nueva", *Summa* no. 229, pp. 30-35, Buenos Aires, 1986.

⁵ Los aportes de Héctor Greslebin y Félix Outes y su bibliografía sobre el tema en su mayor parte publicada en periódicos a partir de 1920 puede verse en Daniel Schávelzon, *Túneles y construcciones subterráneas de Buenos Aires*, Corregidor, Buenos Aires (en prensa).

⁶ Ricardo Lafuente Machain, *Buenos Aires en el siglo XVII*, Emecé, Buenos Aires, 1944 y *Buenos Aires en el siglo XVIII*, Municipalidad de la Ciudad Buenos Aires, 1946.

⁷ Ricardo Gutiérrez, "La introducción de la máquina de vapor en Buenos Aires", *La Ingeniería*, no. 769, pp. 807-811, Buenos Aires, 1938.

⁸ Ct. nota 5

⁹ N.V. Porro, V. Astiz y M. Róspide, *Aspectos de la vida cotidiana en el Buenos Aires colonial*, Universidad de Buenos Aires, 2 vols, Colección IVo. Centenario, Buenos Aires, 1982.

¹⁰ Daniel Schávelzon, *Arqueología histórica de Buenos Aires: la cultura material porteña de los siglos XVIII y XIX*, Corregidor, Buenos Aires, 1991.

¹¹ Este tipo de cerámica asociada a lo Querandí de la bibliografía es de aparición esporádica en contextos antiguos de Buenos Aires; su rareza hace difícil aun su clasificación tipológica. En principio su ubicación cronológica parece ser del siglo XVI hasta el XVII temprano. Información sobre cerámica de ese tipo puede verse en los citados artículos de Rusconi en la nota 3, en varios trabajos de Antonio Serrano y Félix Outes.

¹² Estas tinajas, de las que nunca hemos hallado bordes, lo que dificulta su estudio, están hechas a mano, sin torno, a veces con un ligero engobe, desgrasante grueso y color rojizo exterior. Su presencia es común para el siglo XVII y XVIII inicial.

¹³ John Goggin, *The Spanish Olive Jar, an Introductory Study*, Yale University, New Haven, 1960.

¹⁴ John Goggin, *Spanish majolica in the New World. Types of the XVIth to XVIIIth centuries*, Yale University, New haven, 1968, es el texto inicial de estas clasificaciones.

¹⁵ Kathleen Deagan, *Artifacts of the Spanish colonies of Florida and the Caribbean*, vol. I, Smithsonian Institution, Washington.

¹⁶ Daniel Schávelzon, *Tipología de la loza arqueológica de Buenos Aires: 1780-1900*, Programa de Arqueología Urbana, Buenos Aires, 1988.

¹⁷ Los catálogos de este tipo son muchos y conocidos entre anticuarios y coleccionistas: recomendamos los de G.A.

Godden *Encyclopaedia of British Pottery and Porcelain Marks*, Barrie and Jenkins Editor, London, 1989 (existen innumerables ediciones anteriores menos actualizadas); y John P. Cushion, *Manuel de la ceramique europeenne*, Office du Livre, Fribourg, 1987 (hay ediciones anteriores). Un excelente ejemplo de las posibilidades de clasificar por marcas es el libro de M. Praetzelis, B. Rivers y J. K. Schulz, *Ceramics marks from Old Sacramento*, California Archaeological Reports no. 22, Department of Parks and Recreation, California, 1983.

¹⁸ Si bien la bibliografía es enorme, recomiendo como la síntesis más importante y por presentar un sistema de clasificación tipológico y de fechamiento de alta calidad a Olive Jones, *Cylindrical English Wine and Beer Bottles. 1735-1850*, National Historic Parks and Sites Branch, Ottawa, 1986.

Como estudio de un conjunto significativo para nosotros vease a Olive Jones y Ann Smith, *Glass of teh British Military 1755-1820*, National Historic Parks and Sites Branch, Ottawa, 1985.

¹⁹ Olive Jones, "The contribution of the Rickett's Mold to the Manufacture of the English Wine Bottele, 1820-1850", *Journal of Glass Studies*, vol. 25, pp. 167-177, Corning.

²⁰ Daniel Scháveizon y Jorge Ramos, "Excavaciones arqueológicas en el Caserón de Rosas en Palermo; informe de la segunda temporada de excavacon (1988)", *Revista del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas* no. 26, pp. 71-92, Buenos Aires, 1991.

²¹ Manuel Bilbao, *Tradiciones y recuerdos de Buenos Aires*, Ferrari, Buenos Aires, 1934.

²² Diego Lecuona, *La vivienda de criollos y extranjeros*, Instituto Argentino de Historia de la Arquitectura y el Urbanismo, Tucumán 1984.

²³ El texto teórico básico más importante de los últimos años es el de Stanley South, *Method and theory in historical archaeology*, Academic Press, New York, 1977. La revista *Historical Archaeology*, es una fuente excelente de textos sobre la materia, al igual que *History and Archaeology*, la primera de ellas editada en Estados Unidos y la otra en Canadá; a diferencia de lo que sucede en Europa, la arqueología de esos dos países tiene con la nuestra la relación producida por haber sido colonizados desde Europa y con gran cultura material inglesa en el siglo XVIII tardío y todo el XIX.

²⁴ Daniel Schávelzon y Roberto Barcena, *Arqueología e historia del Cabildo de Mendoza*, Crcyit, Mendoza, 1992 (en

prensa).

²⁵ Sólo como un ejemplo véase a Stanley South, *Excavation of the Casa Fuerte and Wells at Fort San Felipe 1984*, Institute of Archaeology and Anthropology, University of South Carolina, Columbia, 1985.

²⁶ Philip Barker, *Technics of archaeological excavation*, B.T. Batsdorf Ltd. London, 1977. Hay edición más accesible de Universe Books, New York, 1983, aunque se han simplificado mucho las ilustraciones y en especial los planos.

²⁷ Kathleen Deagan, "Downtown Survey: the Discovery of VXIth century St. Augustine in an Urban Area", *American Antiquity* vol. 46, no. 3, pp. 626-633, 1981.

²⁸ Esta actividad ha tomado en nuestro país una considerable importancia, como en el caso de algunas represas como El Chocón o Salto Grande y Yaciretá; es más, próximamente se tendrá una ley específica que regule esta actividad aunque no contempla rescates en contextos urbanos.

²⁹ R.S. Dickens y W.R. Bowen, "Problems and Promises in Urban Historical Archaeology: the MARTA Project", *Historical Archaeology* vol. 14, pp. 42-57, 1980.

³⁰ En este sentido pueden verse los trabajos de Edward Harris, así como las publicaciones de Stanley South (nota 23) y *Research Strategies in Historical Archaeology*, Academic Press, New York, 1977.

³¹ Charles R. McGimsey III, *Public Archaeology*, Seminar Press, New York, 1977.

³² La documentación está archivada en la Comisión Nacional de Museos, Monumentos y Lugares Históricos y los planos en el Ministerio de Obras Públicas.

³³ Idem. Vicente Nadal Mora sólo llegó a publicar algunas notas sobre el tema en el *Boletín* de la citada Comisión.

³⁴ Theodore Sande, *Industrial archaeology: a new lood at the American heritage*, Penguin Books, London, 1976; Kenneth Hudson, *The archaeology of indutry*, Ch. Scribner, New York, 1976; R. A. Buchanan. *Industrial Archaeology in Britain*, Penguin Bokks, Harmondsworth, 1972.

³⁵ Christopher Taylor, *The archaeology of gardens*, Shire Publ, Aylesbury, 1983. Anualmente se organizan en Estados Unidos los simposios sobre arqueología histórica del paisaje (ver en *Historical Archaeology* los trabajos publicados).

³⁶ Inocencia Liberani y Rafael Hernández, *Excursión arqueológica en los valles de Santa María, Catamarca, 1877*, Universidad Nacional de Tucumán, 1950.

³⁷ C. Gunnar Lange, "La ruinas de del pucará de Watungasta", *Anales de Museo de La Plata*, vol. II, La Plata, 1892.

³⁸ "Una ciudad seputada, descubrimiento de los restos de la antigua Esteco", *PBT* no. 68, pp. 58-59, Buenos Aires, 1906.

³⁹ Eric Boman, "Estudios arqueológicos riojanos", *Anales del Museo Nacional de Historia Natural*, vol. XXXV, Buenos Aires, 1927-1932.

⁴⁰ Carlos Reed, "Cementerio indígena postcolombino de Viluco, prov. de Mendoza", *Physis*, vol. IV, pp. 94-96, Buenos Aires, 1918.

⁴¹ Félix Outes, "Los supuestos túmulos del Pilar, prov. de Buenos Aires", *Anales del Museo Nacional*, vol. XIII, pp. 251-258, Buenos Aires, 1905.

⁴² Enrique Lynch Arribáizaga, "Los cerrillos del Pilar", *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, vol. XLI, pp. 139-141, Buenos Aires, 1896.

⁴³ Osvaldo Chiri, "Los cerrillos del Pilar", *Antiquitas*, vol. XVII, pp. 16-18, Buenos Aires, 1973.

⁴⁴ Daniel Schávelzon, "Un fuerte español cercano a Buenos Aires (1671-1672)", *Todo es historia* no. 268, pp. 38-47, Buenos Aires, 1989; hay edición en Programa de arqueología Urbana, publ. no. 13, 1989.

⁴⁵ Eric Boman, "Cementerio indígena en Viluco (Mendoza) posterior a la conquista", *Anales del Museo de Historia Natural* vol. XXX, pp. 501-509, Buenos Aires, 1921.

⁴⁶ Salvador Debenedetti, "La influencia hispánica en los yacimientos arqueológicos de Caspichango, pcia. de Catamarca", *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, vol. XLVI, 1921.

⁴⁷ Antonio Romero, "Un fuerte desconocido por los historiadores de Buenos Aires", *Atti dei XXII Congresso Internazionale degli Americanisti*, vol. I, pp. 633-636, Roma, 1932.

⁴⁸ Milcíades Vignati, "El asiento de la misión jesuítica del lago Nahuel Huapi", *Boletín de la Junta de Historia y Numismática Americana*, vol. 8, pp. 315-321, Buenos Aires, 1936.

⁴⁹ Milcíades Vignati, *Antigüedades en la región de los lagos Nahuel Huapi y Trafal*, Notas del Museo de La Plata, 1944.

⁵⁰ Carlos Rusconi, "El material arqueológico de Viluco es en su totalidad de la época posthispánica", *Anales del 1er. Congreso de Historia de Cuyo*, vol. IV, pp. 439-445, Mendoza, 1938.

⁵¹ Gutiérrez, op. cit. (1938)

⁵² Ana Biró de Stern, "Aspectos arqueológicos de una ciu-

dad hispano-indígena descubierta en el Chaco", *Anales del Instituto de Etnología Americana* vol. VI, pp. 103-115, Mendoza, 1945.

⁵³ Carlos Rusconi, "Alfarería colonial de Mendoza", *Congreso de Historia Argentina del Norte y del Centro*, vol. I, pp. 257-267, Córdoba, 1943 y "La ruinas de San Agustín en Mendoza", *Revista del Museo de Historia Natural*, vol. VIII, pp. 103-112, Mendoza, 1955; además en sus 3 tomos titulados *Poblaciones pre y post hispánicas de Mendoza*, 1962, incluyó varios trabajos sobre el tema.

⁵⁴ Daniel Schávelzon, "Bio-bibliografía de Mario J. Buschiazzo", *Revista de Arquitectura*, no. 141, pp. 24-29, Buenos Aires, 1988.

⁵⁵ Existe una bibliografía enorme sobre Cayastá; los primeros artículos sobre la polémica de si correspondían o no esas ruinas al sitio indicado fueron publicados por Agustín Zapata Gollán, Augusto Fernández Díaz, Manuel Cervera, Raul Molina y Guillermo Furlong entre otros. Con los años Zapata Gollán publicaría docenas de libros y artículos sobre sus trabajos en una lista imposible de incluir aquí.

⁵⁶ Amalia G. de Martínez Moreno, "La primitiva ciudad de San Miguel de Tucumán en Ibatín", *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, vol. X, pp. 141-165, Buenos Aires, 1976.

⁵⁷ Amalia G. de Martínez Moreno, *El contacto hispanoindígena en Santiago del Estero con especial referencia a la cerámica*, Museo E. y D. Wagner, Santiago del Estero, 1979.

⁵⁸ Eldo Morresi, *Las ruinas del km. 75 y Concepción del Bermejo. 1ª etapa de una investigación de arqueología histórica regional*, Instituto de Investigaciones Históricas, Resistencia, 1971. Existen varias publicaciones de José Miranda sobre estas excavaciones.

⁵⁹ Jorge Fernández, "Arqueología de la ciudad del Nombre de Jesús", *Presencia hispánica en la arqueología argentina*, vol. II, Resistencia, 1983.

⁶⁰ L.A. Orquera, A.E. Sala, E.L. Piana y A.H. Tapia, *Lancha Packewaia: arqueología de los canales fueguinos*, Huemul, Buenos Aires, 1977. Ernesto Piana, *Toponimia y arqueología del siglo XIX en La Pampa*, EUDEBA, Buenos Aires, 1981.

⁶¹ Eduardo Berberian, J.M. de Zurita y V. Martín, "Contribuciones arqueológicas a la arquitectura aborígen en la región serrana de la prov. de Córdoba", *Presencia hispánica en la arqueología argentina*, vol. I, Resistencia, 1983.

⁶² Carlos N. Cerutti, "La reducción de San Francisco Javier", *Presencia hispánica en la arqueología Argentina*, vol. II, Instituto de Investigaciones Históricas, Resistencia, 1983. Véase también del mismo autor "Evidencias del contacto hispano-indígena en la cerámica de Cayastá", *Presencia hispánica en la arqueología Argentina*, vol. I, Resistencia, 1983.

⁶³ Víctor Núñez Regueiro y B.N.R. de Lorenzi, "Arqueología histórica del norte de la provincia de Corrientes", *Revista del Instituto de Antropología de Córdoba*, vol. IV, Córdoba, 1973.

⁶⁴ Estas excavaciones se iniciaron en 1988 y los informes hechos por S. Volpe muestran el avance de los trabajos en la clasificación y estudio de los materiales del siglo XIX tardío.

⁶⁵ Schávelzon y Bārcena (1992) op. cit. nota 24

⁶⁶ El Centro de Arqueología Urbana fue creado en 1985 como Programa de Investigación en el Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas (Universidad de Buenos Aires). Sus publicaciones internas presentan los resultados preliminares de cada excavación y llegan hasta el no. 17 (1991). Los libros editados o en prensa de la editorial Corregidor bajo el título *Arqueología histórica de Buenos Aires* presentan resultados más elaborados.

⁶⁷ Véanse las publicaciones citadas en nota anterior y el libro *Arqueología histórica de Buenos Aires* op.cit.

⁶⁸ Las excavaciones de las Galerías Pacífico fueron planteadas por Marcelo Magadán y el material recuperado y estudiado por Pablo López Coda con la colaboración de Paula Moreno.

⁶⁹ Básicamente la información resumida en este trabajo proviene de los volúmenes publicados por la Comisión del IVo. centenario de la Fundación de la Ciudad de Buenos Aires, 1936.

⁷⁰ Enrique de Gandía, *Historia de la boca del Riachuelo*, Buenos Aires, 1938; *Crónica del magnífico adelantado don Pedro de Mendoza*, Buenos Aires, 1936.

⁷¹ Ruy Díaz de Guzmán, *La Argentina*, Huemul, 1974. Hay ediciones cuidadas por Groussac (1914) y por de Gandía (1943, 1945 y la citada en primer lugar).

⁷² Hernando de Montalvo, en Rómulo Zabala y E. de Gandía, *Historia de la ciudad de Buenos Aires*, vol. I, Unión de Editores Latinos, Buenos Aires, 1936.

⁷³ Enrique de Gandía, "Primera fundación de Buenos Aires", *Historia de la Nación Argentina* vol. III, pp. 135-175. Buenos Aires, 1939.

⁷⁴ La edición mas completa de Schmidl puede verse como tomo anexo a las publicaciones de la Comisión Oficial del Ivo. Centenario, Buenos Aires, 1936.

⁷⁵ El tema de los dibujos es de tremenda importancia: hechos por un grabador después de la muerte de Schmidl han sido tomados por fidedignos por muchos autores, en especial de Gandía y por Nájera que, absurdamente, llegó incluso a "completarlos".

⁷⁶ Paul Groussac, *Mendoza y Garay: las dos fundaciones de Buenos Aires*, J. Menéndez, Buenos Aires, 1916.

⁷⁷ Juan José Nájera, *Las puntas de Santa María del Buen Ayre*, Municipalidad de la Ciudad, Buenos Aires, 1971 (edición original de 1936).

⁷⁸ Enrique de Gandía, op.cit.

⁷⁹ Aníbal Cardozo, "Buenos Aires en 1536", *Anales del Museo Nacional de Historia Natural*, serie 3 tomo XIV, pp. 309-372, Buenos Aires, 1911.

⁸⁰ Un resumen de las ideas de Outes y de Madero pueden verse en Enrique de Gandía, *Buenos Aires desde sus orígenes hasta Hernandárias*, Buenos Aires, 1937.

⁸¹ Nájera, op. cit.

⁸² de Gandía, op. cit.

⁸³ Enrique de Gandía, *Historia de Alonso de Cabrera y de la destrucción de Buenos Aires en 1541*, Buenos Aires, 1936.

⁸⁴ El voto fue asumido como unánime pero más tarde Guillermo Furlong plantearía sus dudas; véase nota 86.

⁸⁵ Véanse los libros citados de Enrique de Gandía donde discute las ideas de Roberts con mas detalle.

⁸⁶ Guillermo Furlong, "La primera fundación de Buenos Aires", *Todo es historia*, no. 79, pp. 24-31, Buenos Aires, 1973.

⁸⁷ Marcelo Yrigoyen, "Fundación de Buenos Aires", *Diagonal*, no.9, pp. 12-17, Buenos Aires, 1977.

⁸⁸ Antonio Romero, "Fundación de Buenos Aires", *XXII Congreso Internacional de Americanistas* vol, 1, pp. 637-663, Roma, 1926.

⁸⁹ Serafím Leitte, "Un cronista desconocido de la conquista del Río de la Plata, Antonio Rodríguez (1535-1538)", *Reseñas y trabajos del XXVI Congreso Internacional de Americanistas* vol. II, pp. 168-190, Sevilla, 1948.

⁹⁰ Ismael Bucich Escobar, *El Museo Histórico Nacional en su cincuentenario 1889-1939*, Edición Oficial, Buenos Aires, 1939.

⁹¹ Alejo González Garaño, Museo Histórico Nacional, su

creación y desenvolvimiento", *Boletín de la Comisión Nacional de Museos, Monumentos y Lugares Históricos*, vol VI, Buenos Aires, 1944.

⁹² La Municipalidad fue muy estricta en cuanto a no interferir con las actividades de la plaza, en especial con la feria artesanal y los espacios que esta ocupa.

⁹³ El deterioro de esa plaza es increíble, actualmente varias topadoras están arrojando una nueva capa de escombros en varios lugares muy erosionados.

⁹⁴ Daniel Schávelzon, *Tipología de recipientes de gres cerámico para la arqueología histórica de Buenos Aires*, Programa de Arqueología Urbana, publ. no. 4, 1987.

⁹⁵ Peter Davey, *Clay pipes from recent excavations in Buenos Aires*, Programa de Arqueología Urbana, publ. no. 15, 1989.

⁹⁶ Deagan, op. cit.

⁹⁷ Concejo Deliberante, *Memorias del Honorable Concejo Deliberante*, Buenos Aires, 1898.

⁹⁸ Peter Davey, "The problem of VG pipes from Argentina", *Newsletter of the Society of Clay Pipe Research*, no. 29, pp. 14-20, Bishopson, 1991; en el no. 30 del mismo año véase la nota de Richard Le Cheminant sobre el mismo tema.

⁹⁹ Véase a Yrigoyen, op. cit.

¹⁰⁰ Excavación llevada a cabo en dos temporadas en noviembre-diciembre 1991 y marzo 1992.

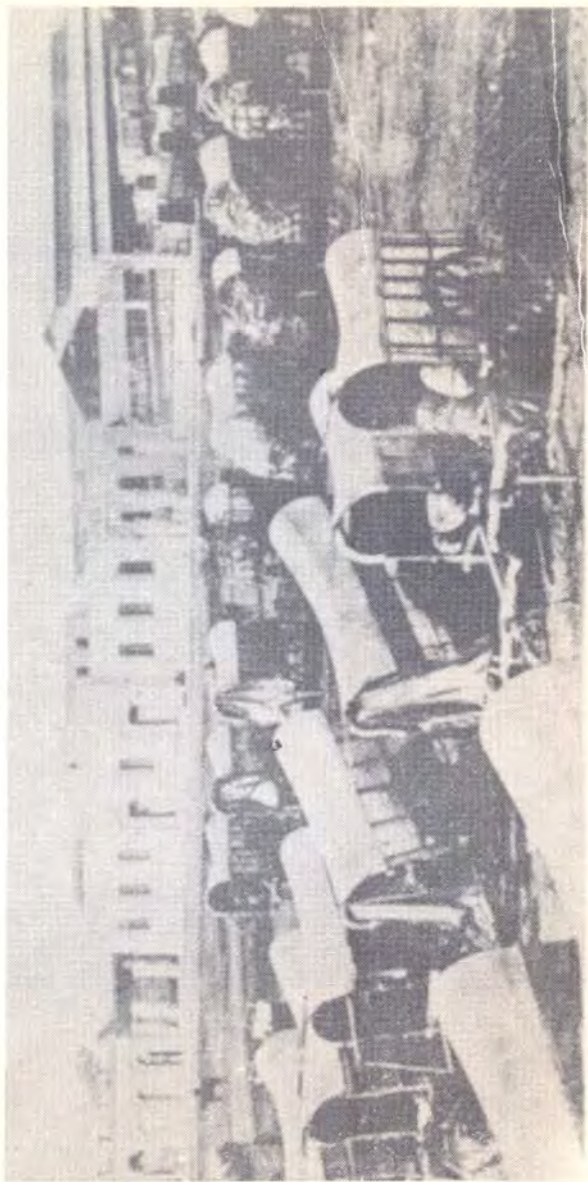
¹⁰¹ Descubierta por casualidad en el patio delantero y excavado en 1991. Aun no se ha completado el análisis del material recuperado.

¹⁰² Daniel Schávelzon, *Arqueología histórica de Buenos Aires: la Imprenta Coni en San Telmo*, Corregidor, Buenos Aires (en prensa).

¹⁰³ Buena parte del material recobrado en esa excavación forma parte de lo publicado en el libro citado en nota 10.

¹⁰⁴ D. Schávelzon, S. Caviglia, M. Magadán y S. Aguirre Saravia, *Excavaciones arqueológicas en San Telmo: informe preliminar*, Instituto de Investigaciones Históricas, Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, Buenos Aires, 1987.

ILUSTRACIONES



1 La nueva tecnología del ferrocarril conviviendo con la tradicional carreta de dos ruedas tirada por bueyes; plaza Constitución en 1875; un interesante ejemplo de contexto urbano, cuya impronta física aun existe.



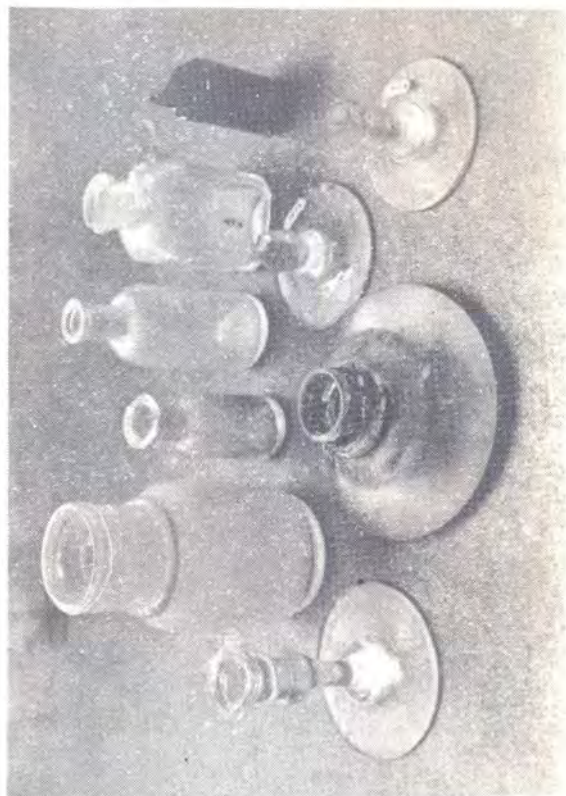
2. Cientos de miles de metros cúbicos de basura y escombros siendo usados para rellenar la actual Plaza Colón (encima de la Aduana Nueva) y el puerto en construcción, hacia 1897, ejemplos de la cultura material del siglo pasado que pueden ser excavados y estudiados hoy en día.



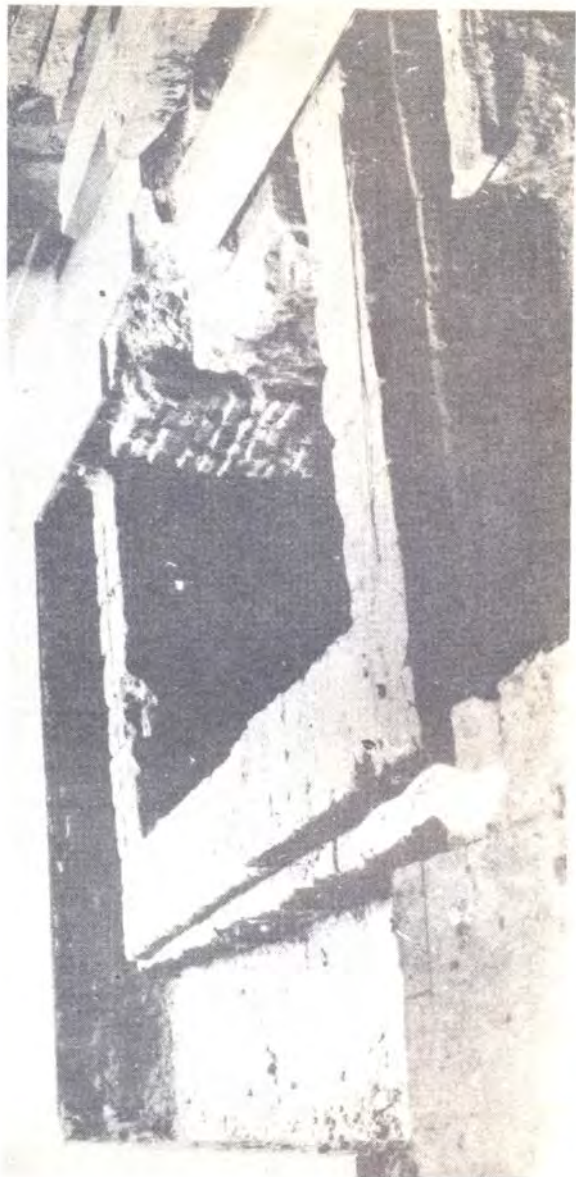
3 Avenida del Libertador en Palermo excavando el caserón de Rosas al pie del Monumento a Sarmiento (1988), los restos de una arquitectura excepcional a pocos centímetros bajo el pasto, señala las posibilidades de la arqueología urbana



4. Dos ejemplos de hachas de hierro inglesas exciavadas en San Telmo; abajo puede verse como el dibujo muestra un ejemplo exactamente igual a la inferior, todo fechado hacia 1830



5 El contexto familiar: pies de copas de vidrio simple, un tintero y frascos para perfumes y remedios, un ejemplo del uso del vidrio en la vivienda de bajos recursos encontrados en un basural de la zona oeste de la Capital (techado hacia 1890-1910).



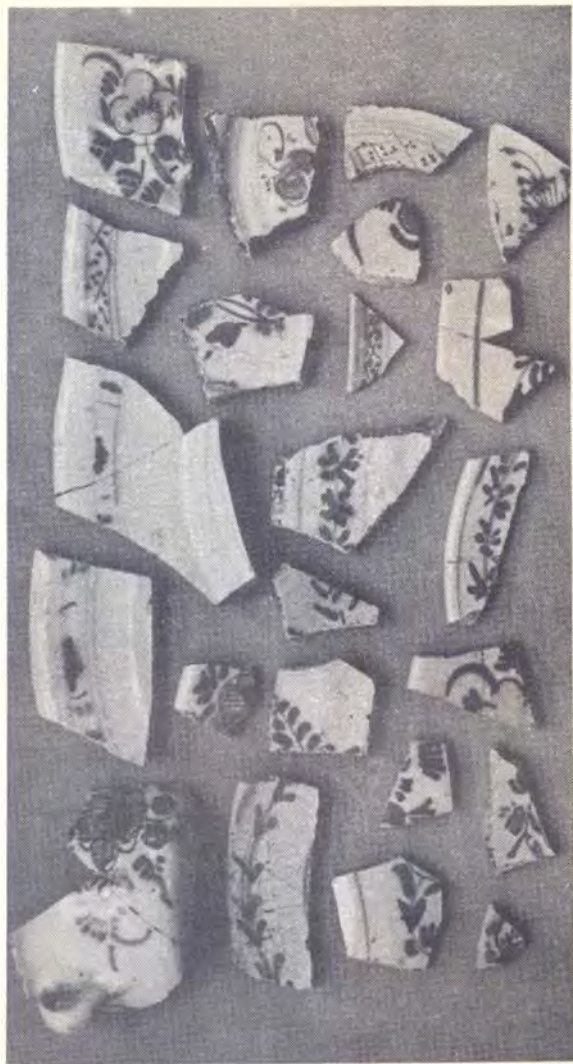
6. Cimientos de una vivienda de un sólo cuarto, fechada a mediados del siglo XVIII, descubierta en la calle Defensa 751 al excavar bajo una vivienda construida en 1865. Por debajo había restos que se remontaban al siglo XVI; buen ejemplo de la importancia de esa zona para la historia de la ciudad



7. Los túneles porteños: en este caso una construcción fechada para 1860-1870 en Avellaneda usada como depósito subterráneo de agua. fueron habituales en Buenos Aires



8 Zapatos y suelas cosidas a mano oescartadas hacia 1880 en el interior del túnel de Defensa 751, excavadas y restauradas. Han resultado un buen ejemplo de las formas del trabajo en su época, el uso y el desgaste en ropas que habitualmente no quedan en las colecciones por su poco atractivo estético.



9. Mayólica utilitaria española del siglo XVIII y XIX inicial platos y tazas de cerámica vidriada en blanco con decoración policroma, heredera de los motivos del siglo XVII pero con pura influencia oriental



10 Los picos de las botellas son marcadores de época, procedencia y tecnología de gran exactitud; la evolución y forma de cada parte muestra, en este caso, provenir de Inglaterra desde inicios hasta fines del siglo XIX.



11. Excavación de las paredes de la destruida casa de la familia Barriles en Parque Lezama; puede notarse que los restos están a pocos centímetros de la superficie. fue construida hacia 1850 y demolida en 1897.



12. Cerámica colonial de Parque Inzama: Mayólica proveniente de España de los siglos XVI tardío, XVII y XVIII. No hubo evidencia de materiales que correspondan a la época de Pedro de Mendoza. Abajo los macetones de Talavera de inicios del siglo XIX.

La arqueología urbana. <i>Daniel Schávelzon</i>	11
La arqueología histórica en Argentina a un siglo de sus inicios	31
Excavaciones en Parque Lezama, Buenos Aires (1988-1989): <i>Daniel Schávelzon y Ana María Lorandi</i>	37
Presentación	41
Descripción y reseña histórica del Parque Lezama	45
Ubicación de las excavaciones	47
Excavaciones	50
Excavación de la Casa Barriles	57
Excavaciones en el Museo Histórico Nacional	63
Algunas conclusiones sobre la primera Buenos Aires en Parque Lezama	66
Excavaciones en Defensa 1469	69
Estado actual del conocimiento sobre la primera Buenos Aires	74
Notas y bibliografía	79
Ilustraciones	91

LOS FUNDAMENTOS DE LAS CIENCIAS DEL HOMBRE

- 1 *Los orígenes de la antropología* – Darwin, Morgan y Tylor
- 2 *Ciencia y política* – Max Weber
- 3 *El análisis estructural* – Levi-Strauss, Barthes, Moles y otros
- 4 *Teoría política y modernidad* – Maquiavelo, Rousseau, Montesquieu y otros
- 5 *Conceptos de literatura moderna* – Jaime Rest
- 6 *La comunicación de masas* – Lazarsfeld, Marton, Morin y otros
- 7 *Ciudad y Utopía* – Owen, Fourier, Howard, Le Corbussier y otros
- 8 *El mundo de Vang Gogh* – Mario De Micheli y otros
- 9 *Teoría de la educación y sociedad* – Natorp, Dewey, Durkheim
- 10 *Sociología del poder* – Wright Mills, Lasswell, Talcott Parsons y otros
- 11 *El mundo de Charles Chaplin* – Arcella, Kleinman, Eisenstein, Bleiman, Kosinov
- 12 *La ciencia del hombre en el siglo XVIII* – Jauffret, Cuvier, Degérando y otros
- 13 *Introducción al folklore* – Redfield, Foster, Chertudi y otros
- 14 *El salvaje del Aveyron. Psiquiatría y pedagogía en el Iluminismo tardío* – Philippe Pinel y Jean Itard
- 15 *El cuento norteamericano contemporáneo* – Hemingway, Scott Fitzgerald, Chandler y otros

- 16 *Conceptos de sociología de la educación* – Juan Carlos Tedesco
- 17 *La economía política clásica* – Smith, Ricardo, Quesnay
- 18 *Literatura y Sociedad* – Goldmann, Escarpit y otros
- 19 *Conceptos de antropología social* – Carozzi, Maya y Massassi
- 20 *Los fisiócratas* – Quesnay, Dupont de Nemours y otros
- 21 *El mundo de Roland Barthes* – Introducción, notas y selección de textos de Beatriz Sarlo
- 22 *Descartes* – Piseri Frondizi
- 23 *Léxico de Economía* – Eugenio Gastiazoro
- 24 *Braudel y la renovación histórica (Carlos V y Felipe II)* – Prólogo de Fernando Devoto
- 25 *El mundo de Juan Jacobo Rousseau* – Introducción, notas, selección de textos y traducción Jorge E. Dotti
- 26 *La historia oral* – W. Moss, A. Portelli, R. Fraser y otros
- 27 *Léxico de lingüística y semiología* – Nicolás Rosa
- 28 *Psicología comunitaria. El enfoque ecológico-contextualista* – James G. Kelly y otros
- 29 *Keynes* – Enrique Silberstein
- 30 *Derecho y Lingüística* – María Laura Pardo
- 31 *El pensamiento agrario argentino* – Barsky, Posada, Barsky
- 32 *Métodos cualitativos* – Los problemas teóricos-epistemológicos – Irene Vasilachis de Gialdino
- 33 *Platón* – Rodolfo M. Agoglia
- 34 *Antropología económica I* – Héctor Hugo Trinchero (compilador)

- 35 *Montesquieu* – Alberto Ciria
- 36 *Pareto* – Leopoldo Portnoy
- 37 *El método en las ciencias sociales* – Félix Gustavo Schuster
- 38 *Movimiento migratorios: historiografía y problemas* – Fernando J. Devoto
- 39 *La Arqueología urbana en la Argentina* – ^Daniel Schávelzon
- 40 *Ética y Política según Aristóteles. I: Acción y argumentación* – Osvaldo Guariglia
- 41 *Ética y Política según Aristóteles II. El bien, las virtudes y la polis* – Osvaldo Guariglia

La Arqueología Urbana en la Argentina

La arqueología urbana, o sea el rescate arqueológico del pasado en una ciudad viva, presenta rasgos peculiares: por un lado exige la aplicación de técnicas y metodologías especiales para operar en espacios densamente poblados y con materiales de gran tamaño y dureza; por otro, guarda una relación de complementariedad con la historia en su sentido más tradicional de investigación a partir de documentos escritos.

En la obra que aquí presentamos, Daniel Schávelzon desarrolla un panorama de la evolución de la arqueología urbana e histórica en la Argentina y de sus relaciones con los problemas de preservación y rescate de los testimonios del pasado, así como de las relaciones entre arqueología e historia. El volumen se completa con una investigación realizada por el autor y Ana María Lorandi en el Parque Lezama de Buenos Aires, donde se intenta probar la localización del asentamiento de Pedro de Mendoza.

Volumen simple (S)

Precio del ejemplar: \$ 3,80